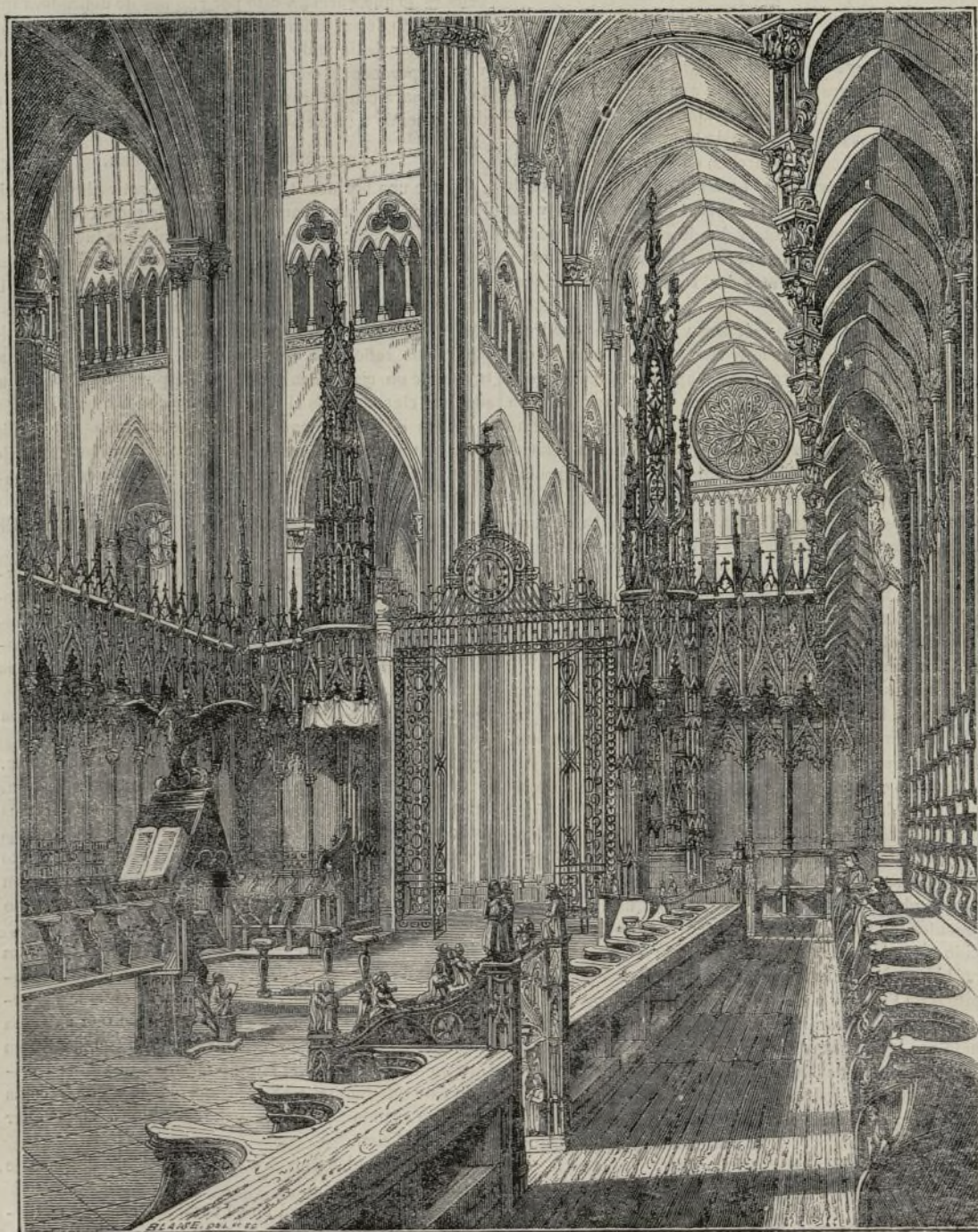




MUSEO DE LAS FAMILIAS.

—>>>30<<<—



Vista interior de la catedral de Amiens en Francia.

25 de Enero de 1852.

TOMO X. 1

LA CATEDRAL DE AMIENS.

En 1220 Evrardo de Fouillay, cuatrigésimo quinto obispo de Amiens, ponía la primera piedra de su catedral. En 1288 estaba ya terminado el monumento religioso mas bello de la Francia; costó por lo tanto cerca de un siglo de trabajo, pero no fué mucho tiempo si se atiende á su grandiosidad, á su riqueza y á su extraordinaria solidez. Obra de Roberto de Luzarches, de Tomás y Renaldo de Cormont, es una de aquellas maravillas del arte que la pluma se declara impotente si se propone hacer su descripción. El lapiz mas fecundo y mas prolijo no basta tampoco para tan grande tarea: hasta las cifras aparecen en este notable edificio con cierta poética elocuencia. La longitud del templo es de cuatrocientos quince pies; la nave tiene cuarenta y dos pies de ancho y ciento treinta y dos de elevación: desde el pavimento á la veleta, unos cuentan trescientos ochenta y tres pies, y otros cuatrocientos dos. Difícil sería averiguar lo cierto en el asunto.

La fachada presenta tres pórticos y dos torres cuadrangulares, unidas por galerías muy claras y construidas con una elegancia sorprendente: el todo aparece decorado con los ornamentos mas finos y delicados de la arquitectura gótica: innumerables estatuas, ogivas, treboles, dentellones, columnatas, todo armónico y colocado con una paciencia minuciosa. También abundan allí con bastante profusión los bajos relieves simbólicos de la edad media. Además de la aguja ó chapitel de madera que domina el centro del edificio, y cuya graciosa lijereza cede á la acción del viento, sin perder nada de su equilibrio, la iglesia aparece flanqueada por una multitud de cimbalillos que constituyen un gran círculo de centinelas aéreas.

La parte interior de este templo es mas maravillosa todavía. El conjunto parece inmenso y la vista se pierde al abrazar tantos y tan prodigiosos detalles; la delicadeza de los pilares, la valentía de los declives de la bóveda, la galería circular y su deslumbrante cristalería forman un cuadro que raya en lo fabuloso.

El grabado que encabeza este artículo da una idea de la magnificencia del coro y las perspectivas de las naves. Una simple ojeada contribuirá sin duda á juzgar este edificio mejor que pudiera verificarlo una magnífica y prolija descripción. Citaremos no obstante la esquisita moldura de las sillerías, la gloria y sus espléndidas decoraciones, los compartimientos tan variados de los rosetones; el genio fúnebre conocido bajo el nombre de el niño lloron; el mausoleo de mármol blanco del cardenal Hemart; las tumbas de cobre de los obispos de Fouillay y de Eu; los extraños grupos de San Fermin y de San Juan, y el púlpito tan elegantemente sostenido por las virtudes teológicas.

El cardenal Juan de Lagrange, ministro de Carlos V de Francia; el canónigo de Lamoliere, autor de las *Antigüedades de Amiens*; el chantre de Vert-Verto, Fresset, y el coronel español Hernando Tello de Portocarrero, (4) reposan en la basilica de Amiens.

(4) En el tomo 3.º del MUSEO, página 76, hemos publicado un artículo con el título de *Sorpresa de Amiens*, en el que se refiere la manera original como los españoles al mando de este personaje se apoderaron de la plaza en el reinado de Felipe II.

HISTORIA DE MAURICIO.

Al final de los RECUERDOS DE UN VIAGE POR ESPAÑA, prometí referir en el MUSEO la historia de mi amigo Mauricio, interesante por mas de un concepto; voy á cumplir esta palabra, advirtiéndole que la historia es verdadera; solo el nombre de los personajes, su profesion y el lugar de la escena es lo que varía, y esto por razones de delicadeza que no necesito decir. Mauricio no es un ente ideal, vive, ocupa un lugar distinguido en la sociedad elegante de la corte, y no me perdonaría ciertamente que al trazar sus aventuras lo designara con su propio nombre. Hechas estas salvedades doy principio á mi relato.

IMPRUDENCIA DE UN BUEN PADRE.

Erase una hermosa tarde del mes de setiembre, cuando Prudencio Salazar, maestro de obras de escasa fortuna, tomó á su hijo Mauricio de la mano, y saliendo fuera de una pequeña aldea perteneciente al antiguo principado de Asturias, subió con él á una elevada colina que ofrecía la perspectiva de un vistoso y lejano panorama. Distinguiáanse desde este paraje un sin número de montañas cubiertas de nieve que reflejaban con los rayos de un sol poniente al través de un cielo puro y sereno. Despues que llegaron al sitio mas elevado, dijo el padre á su joven compañero:

—¿Ves allá abajo aquella punta sonrosada que brilla como una antorcha encendida? Observa bien las ramas de aquel joven y elegante cerecero; tú debes ver perfectamente lo que te señalo.

—Lo veo perfectamente, exclamó el niño con alegría. Allí veo yo también un monte blanco y muy elevado.

—Pues ese monte que divisa dista de aquí muchas leguas. Desde aquella eminencia, el pico agudo del campanario de nuestra aldea aparece como una aguja; no te admires esta disminucion con que se presenta, porque una estrella que aparece como un punto en el cielo, es mas grande que la tierra.

—¡Muchas leguas! exclamó Mauricio; y á mí se me figura que no hay mas que un pequeño paseo.

—Pues bien, hijo mio, es necesario que tengamos valor. Yo necesito partir al pais donde se divisa esa montaña. Vamos á estar muy distante el uno del otro, y lo estaremos mucho tiempo. Tengo allí trabajo para seis meses, trabajo muy urgente y que será bien pagado; esto hasta cierto punto consuela la separacion que tengo que hacer de mi hijo Mauricio. Yo quiero que estudies, con el objeto de que andando el tiempo seas mas que tu padre.

Prudencio no habia concluido, y ya Mauricio tenia los ojos llenos de lágrimas, porque el pobre niño no tenia madre ni hermanos, pues una hermana que el cielo le concediera, vivía á larga distancia en compañía de una parienta y no podía hacer nada por él. Durante la ausencia de su padre no le quedaba en el mundo mas que una buena prima de éste que habitaba en la misma aldea, y que recogía á Mauricio cuando Salazar se veía obligado á emprender alguna expedicion.

El cariñoso padre volvió á tomar la palabra despues de un momento de silencio.

—Mi prima te hospedará en su casa; así está ya convenido; ella cuidará de ti del mismo modo que siempre lo ha practicado.

Prudencio añadió algunas exhortaciones y consejos que Mauricio escuchó silenciosamente, alzando la cabeza por intervalos y mirando á su padre con aspecto dócil y resignado.

—Cuando seas mas grande, querido Mauricio, no nos volveremos á separar. Espero trabajar algun dia bajo tus órdenes, cuando te hayamos convertido en un buen arquitecto. Valor, tu maestro me ha dicho que haces progresos en el dibujo; yo quiero que nada falte á tu educacion; esta es la causa porque voy á donde mejor puedo emplear mi tiempo.

—¡Ay, exclamó tristemente Mauricio, me parece que lejos de tí, no sabré hacer nada de provecho!

Y hablando de esta manera llegaron á su casa.

Una buena vecina servia á Prudencio sin habitar con él; le preparaba el desayuno, le guisaba la comida, y se retiraba en llegando la noche. Cuando entraron estaba la mesa puesta para cenar, y se sentaron el uno delante del otro. Mauricio comió muy poco, y el resto se lo dió á su perro.

—¡Pobre Cascabel! dijo el niño; tú no sabes que nos deja y por mucho tiempo.

—Tu cuidarás de él, Mauricio, y vigilarás su conducta. Felizmente nuestra prima le quiere tambien; no le faltará el sustento.

—Cuidaré del perro, dijo el niño; me acordaré siempre que me defendió contra aquel sugeto que quiso pegarme porque le rehusé la entrada en mi casa....

El padre se estremeció á este penoso recuerdo, y dijo sin manifestar su emocion:

—No volverá á suceder una cosa semejante, querido, y Cascabel no tendrá necesidad de demostrar su vigilancia.

Prudencio, despues de haber arreglado sus negocios, y despues de haber recomendado tiernamente Mauricio á su buena prima, partió á la mañana siguiente, antes que amaneciera, sin despertar á su hijo á fin de evitar la dolorosa escena de la despedida. El vigilante Cascabel le siguió solo algunos momentos, y regresó despues con docilidad cuando vió que su amo se oponia á que continuára acompañándole Prudencio que suponía haberlo previsto todo, se alejaba con pesar; pero bastante tranquilo.

DIFICULTADES IMPREVISTAS.

Los seis primeros dias trascurrieron dichosamente; la prima, satisfecha de su pequeño comensal, gustaba del placer mas estimable de las personas afectuosas el de sentirse necesaria á la felicidad de otro; y este placer era completo, porque aquel otro era un niño amable y reconocido. Pero por desgracia el accidente mas inesperado, aunque uno de los mas frecuentes, vino á destruirlo todo. El sétimo dia, la buena parienta, que hasta entonces habia gozado una salud perfecta, murió repentinamente. Cayó sentada sobre una silla en la cocina en ocasion de preparar el desayuno y pasó de ésta á la otra vida sin lanzar un grito. El niño, que se habia levantado un poco despues que ella, viéndola pálida y con la cabeza inclinada, creyó que se habia puesto mala. Gritó, acudieron los vecinos que hicieron en un principio la misma suposicion que Mauricio; pero una muger que ejercia en la aldea el oficio de enfermera, tomó el pulso á la pobre señora, y declaró acto continuo que

aquel mal no tenia ya remedio, pues que la vecina habia entregado su alma á Dios.

Mauricio la lloró con el mayor desconsuelo, y tuvo ocasion de reconocer bien pronto que habia perdido mucho. Un vecino le recogió espontáneamente, y por su propia autoridad sin permitirle escoger domicilio. Nadie le contradijo, porque este hombre, rudo y altanero, habia logrado hacerse temer de todos en la aldea. Tenia algun dinero, mucho orgullo y un acento decidido, contra el cual ninguno queria oponerse. Por eso no le llamaban *tío*, segun la costumbre de los pueblos, sino *señor Santiago*, y le respetaban siempre cuanto decia, por absurdo y estravagante que fuese, pues sabido es que los débiles dejan triunfar el error y la vanidad.

UN TIRANO DE ALDEA.

En esta circunstancia, el señor Santiago se alegró de haber ejercido un acto de autoridad, tomando á Mauricio bajo su tutela. Por lo demas nunca creyó imponerse una gran carga, presumiendo que segun su costumbre Prudencio volveria el dia menos pensado. Cuando supo por el niño que la ausencia del padre debia durar seis meses, sintió lo que habia hecho, pero ya no tenia remedio.

—¿Dónde está tu padre? preguntó á Mauricio.

A esta pregunta quedó el niño algo perplejo, y no pudo responder categóricamente. Siguiendo su costumbre, Prudencio no habia dicho mas que á la buena prima el nombre del pueblo donde se trasladaba; no habia reflexionado que podia morir llevándose consigo el secreto. Comprometido Mauricio por nuevas preguntas, no pudo decir otra cosa sino que su padre habia ido á un pais donde habia una montaña blanca.

—Quedamos enterados, exclamó bruscamente el vecino. Asturias es demasiado grande para que podamos atinar con ese hombre con tales señas, añadió dirigiéndose á su muger. Si hubiera ido á algo bueno no hubiese temido decirlo ni habria ocultado el lugar, y hoy no tuviéramos que cargar con su hijo. Es un ente que no merece nuestra compasion, y deberiamos volver á Mauricio donde yo mismo le recogí. ¿Qué nos importa á nosotros su desgracia?

El niño cambiaba de color, al paso que el vecino hablabá de aquella manera y en su presencia; pero Santiago ya dijimos que tenia la voz ruda y el gesto amenazante. Mauricio lleno de temor, ahogó la réplica que hubiera hecho si no hubiese escuchado mas que su piedad filial y su honor igualmente ultrajados.

Al dia siguiente quiso buscar nuevos disgustos al niño, y tomó por objeto á Cascabel.

—Tu perro come como un lobo, dijo este hombre tan avaro como grosero, y yo no pienso que me sirva para guardarme la casa. Escucha, Mauricio, este animal no conviene que continúe á nuestro lado; quiero mantenerte á tí; pero no á tu perro; con que es preciso que nos desembaracemos de él; pero yo te evitaré ese trabajo. ¡Perico, mi escopeta!

—¡No, no, señor Santiago! exclamó Mauricio todo asustado; dejad que yo divida con él lo que vd. me quiera dar. Yo le aseguro que mi padre lo reconocerá, y que pagará con gusto el hospedage de Cascabel tan bien como el mio.

—¡Tan bien! dijo el vecino, que miró á su muger encojiéndose de hombros. Y el niño comprendió perfectamen-

te lo que quería decir. Vió que creían alimentarle por caridad, y este pensamiento le mortificó demasiado.

Levantóse de la mesa bruscamente; Cascabel le siguió bien pronto como si hubiese adivinado el manjar que su huésped quería regalarle, y ambos amigos se encaminaron hacia la colina, donde el padre había anunciado al niño su desgraciado designio. La tarde estaba excelente; Mauricio, después de haberse situado como la vez primera, vió claramente la hermosa montaña entre las ramas del cerecero, y no cesó de contemplarla hasta el momento en que palideció y desapareció bajo una sombra general.

—Allí abajo está, decía Mauricio, ó allí estará muy pronto, y no sabe el abandono en que me encuentro.

A este pensamiento el niño desalentado se dejó caer

sobre la yerba.... El perro se echó á su lado, posando su gruesa cabeza sobre las rodillas de su jóven amo, y fijando sobre él aquella mirada espresiva con la que un buen perro sabe decir tantas cosas.

—¿Qué tienes? ¿dónde está? ¿vendrá pronto? Me fastidio porque no le veo.

De este modo hablaba Cascabel; Mauricio lo comprendía todo, y contestaba con caricias.

De repente exclamó:

—Te matarán, perro mío!

Y se levantó temblando de cólera sin saber donde llevar sus pasos. Ultimamente se resolvió á volver á casa de su vecino.

—No serán tan malvados, pensaba; aquello no fué mas



Santiago quiere matar á Cascabel, y Mauricio suplica por su perro.

que una especie de amenaza. No me negarán unas pocas de sopas para mi pobre Cascabel.

UN PARTIDO EXTREMO.

Mauricio regresaba hacia su casa, pero lentamente y con cierta desconfianza. Llegó á un sitio desde el cual se divisaba la casa de su vecino, y lanzó sus miradas sobre el patio al través de los ramales que le circunian, y vió claramente el hombre que tenía su escopeta y que parecía ocupado en cargarla. El niño se detuvo horrorizado, y deteniendo á Cascabel por su collar de cuero emprendió la retirada á todo escape decidido á no volver á casa de Santiago.

¿Dónde iría, sin embargo, para ponerse á cubierto de las pesquisas de aquel tirano? Hubo un momento en que pensó refugiarse en casa de su profesor, y lo hubiera verificado así, si no hubiese reflexionado, que era muy jóven, un forastero recién venido, que necesitaba conquistar protectores en aquel territorio, y que no podría, á pesar de su

buena voluntad, sostenerle y defenderle contra el tirano que todos temían.

Mauricio había llegado, después de haber atravesado infinitos vericuetos á un camino ancho y de carretera, y empezó á consultar acerca de la dirección que tomaría. Cascabel le preguntaba con sus miradas, y parecía decirle «¿qué hacemos aquí?» De repente, aquel camino, por el cual había visto alejarse á su amo, despertó en él un afectuoso recuerdo. Lanzó un suspiro y se estremeció, y tomando la iniciativa, quiso guiar á Mauricio diciéndole á su manera: «Vamos á buscarle.» El niño comprendió perfectamente lo que solicitaba Cascabel.

—¡Ah! exclamó con sentimiento; si hubiese partido ayer yo te seguiría con confianza. Tú le encontrarías por el rastro, y pronto nos veríamos juntos. Pero hace ocho días que ha partido, amigo mío.

Y razonando de esta manera contenía el ardor de su querido compañero; volvía de vez en cuando la cabeza hacia la aldea, y siempre asustado con la imagen del arma fu-

nesta, no sabia que partido tomar, cuando dirigiendo la vista al lado en que el corazon le llamaba vió en esta direccion relumbrar una estrella.

Habia oido decir que todo deseo formado en el instante del tránsito de la claridad celeste se cumplia infaliblemente. En otra circunstancia cualquiera, estando junto á su padre quizás se hubiese mofado de una creencia tan infundada, pero el pesar por una parte, la ansiedad, el aislamiento y su propension natural contribuyó á que diera crédito á semejante idea.

—¡Dios mio, devuélveme á mi padre! exclamaba fijando la vista en el astro brillante.

Y sin mas reflexion siguió el camino que el perro le mostraba. La imprudente resolucion estaba tomada: Mau-

ricio huía de un huésped bárbaro; iba en busca de su padre, sin consejo y sin guia, se decidió á salir de Asturias si posible fuera, él que jamás habia salido del recinto de su aldea.

Mientras duró el crepúsculo caminó gallardamente y con el ardor que dá un primer movimiento de esperanza. El cielo habia hablado y no le engañaba. ¿Qué cosa mas justa y mas juiciosa que huir por salvar un amigo tal como Cascabel? Su padre no podria menos de aprobarlo. Hasta el viage se ofrecia á la imaginacion del niño como una parada de placer. ¡Cuántas cosas iba á ver! Ya se alegraba interiormente, porque Santiago le habia dado ocasion para emprender esta fuga. Poco á poco la noche llegó á ser mas sombría, y las ideas de Mauricio cambiaron progresi-



El primer albergue de Mauricio y Cascabel.

vamente de color. En fin, á la entrada de un bosque, el jovencito viagero se halló sumergido en las mas negras reflexiones.

LA PRIMERA GUARIDA.

Tal vez hubiera regresado si no se hubiese alejado tanto de la aldea. Por otra parte, andar errante por en medio de aquellos hospues era peligroso: habiendo distinguido en la márgen del camino una de esas chozas que los pastores asturianos construyen para resguardarse de la intemperie, entró en ella decidido á que le sirviera de posada; Cascabel le siguió y se echó al lado de su amo, no siéndole muy difícil hacer la rosca y buscar el calor con el contacto de su dueño.

Una vez en la choza, se abuyentó el miedo; pero volvió muy pronto, porque un mal no nos deja sino para dar lugar á otro. Mauricio se acordó de haber oido hacer esta reflexion melancólica á su parienta; la hizo despues que ella, y no tuvo otra cosa que cenar. Cascabel filoso-

faba sin duda tan tristemente, y parecia sin embargo dispuesto á dormirse, cuando levantó la cabeza de pronto y comenzó á gruñir.

Mauricio, sospechando alguna aventura, y temiendo ser descubierto por su perro, le asió vivamente por el pescuezo dándole un pequeño golpe sobre el lomo, y supo de esta manera imponerle silencio. ¡Cuánto tuvo que felicitarse en este momento por haberle acostumbrado á la obediencia! El perro, que hubiera podido fácilmente desprenderse de él, observó una disciplina tan exacta, como un recluta puesto á las órdenes de un cabo de escuadra; ni gruñó, ni ladró mas, aun cuando el ruido que le habia despertado fué haciéndose cada vez mas sensible.

Algunos hombres se adelantaban hácia el lado por donde él habia venido, y hablaban confusamente. Uno de ellos llevaba una linterna alumbrando á otro que le acompañaba, y en ademan de buscar algun objeto. Mauricio adyuinó al punto lo que aquello significaba, y vió acto continuo á la distancia de cincuenta pasos al terrible Santiago en

medio de sus criados. ¡Justicia del cielo! Aun llevaba consigo la escopeta, y los que le acompañaban no revelaban por cierto intenciones pacíficas. El niño recogió algunas palabras sueltas, que consistían en amenazas contra el perro, y en injurias contra su dueño. Se acurrucó en su guarida y el perro fué tan prudente como él; á cierta distancia de la choza, uno de los que buscaban exclamó claramente:

—A la derecha, que hay algunos molinos de harina; por aquí es imposible que esté, pues se habrá guardado bien de penetrar en el bosque.

La temible comparsa se dirigió á los molinos; y Mauricio respiró; Cascabel se había salvado. Todos los molinos fueron visitados uno por uno; lanzaban gritos, llamaban á Mauricio, y últimamente, viendo que sus trabajos eran inútiles, estos hombres se dirigieron á otra parte, juzgando superfluo buscar de nuevo por los sitios que ya habían recorrido. Cuando todo volvió á quedar en silencio, y Mauricio sintió su corazón apaciguado, que latía con menos violencia, asíó por el cuello á Cascabel, y estrechándole contra su seno, le dijo en un arrebató de tierna alegría:

—Perro mio, dos veces te he salvado hoy la vida.

Por lo pronto el apetito había pasado naturalmente. Antes de entregarse al sueño, Mauricio, todavía conmovido de los acontecimientos del día, cruzó sus manos, se arrodilló, y rogó á Dios que le librara de todo mal, igualmente que á su querido Cascabel.

EL DESAYUNO.

Abrió los ojos á los primeros rayos del sol, el tiempo era magnífico. Las yerbas crecidas que cerraban hasta casi la mitad la entrada de su choza, reflejaban con la claridad que el firmamento despedía. Mauricio se alegró al ver una mañana tan hermosa, y dió gracias al Criador. Asomó la cabeza para respirar el perfume del aire matinal, y esta delicada sensación le hizo experimentar otra menos agradable. El pobre niño sintió que se moría de hambre.

Luego que se vió fuera de la choza, derramó la vista á todos lados, y no le faltaron por cierto objetos de tentación. Dos magníficas hileras de manzanos adornaban el camino, y las ramas, plegadas bajo tan enorme peso, parecían que le invitaban á coger las mejores manzanas que había visto en su vida.

—¡Mas vale ayunar que robar! exclamó recordando un adagio de su padre.

Esta honradez es proverbial en todos los habitantes de Asturias. Creía hacerse indigno de volverle á ver si se atrevía á tocar á la propiedad de otro, máxime cuando viajaba bajo la custodia del cielo y en busca de su buen padre.

Una famosa idea vino en su auxilio, y le ayudó medianamente á reprimir la tentación. La selva estaba inmediata y acaso encontraría en ella algunos frutos silvestres que recolectar.

—Para eso, dijo, yo no tendré escrúpulo; allí tengo reservada mi parte como la tienen la aves y los cuadrúpedos.

Se dirigió ó mejor dicho corrió al lugar mencionado, y encontró avellanas en abundancia. El sitio era aislado y solitario. Mauricio hizo una buena provision de avellanas, que

estaban perfectamente maduras. En un principio comió bastantes, y luego pensó en almacenar. Cascabel le miraba y lanzaba suspiros muy significativos; pero Mauricio no tenía necesidad de oír sus quejas para acordarse de él, y por lo tanto procuró compartir con el perro su frugal desayuno. Cascabel lanzaba miradas desdeñosas sobre las avellanas y comió cinco ó seis por mera complacencia, pero no pudo ir mas allá, y el niño exclamó tristemente:

—¿Si te habré salvado del disparo de una escopeta para verte morir de hambre?

Tornaba á la maniobra de su recolección, cuando le hizo estremecerse y retroceder una súbita aparición. Una soberbia culebra que buscaba calentarse al sol se escurria por entre la yerba, y desgraciadamente para ella, Mauricio no fué solo quien la vió. Apercibióla Cascabel, dió un salto repentino, y la cogió heroicamente por medio del cuerpo, consiguiendo matarla á bocados. Una hambre tan estremada podía únicamente hacerle probar aquel manjar tan extraño; sin embargo, cuando consiguió su objeto, miró á su amo con aire satisfecho, y meneando la cola, parece que le decía:

—Esto vale mas que tus avellanas.

Repuesto del susto que esta tragedia le había causado Mauricio volvió á su interrumpida tarea, porque no estaba seguro de hallar fácilmente donativos de la Providencia. Por eso cuando se vió bien repuesto, llenó sus bolsillos, su pañuelo, su sombrero, sintiendo en aquel instante no tener un saco, ó una cesta para hacer una provision mas abundante.

ESCRUPULOS.

Por último, se puso en marcha y atravesó una grande selva; y al cabo de algunas horas se creyó fuera de peligro, y tranquilo sobre la muerte de Cascabel, comenzó á inquietarse por si propio.

—¿Hago yo bien, en esponerme de este modo por salvar á mi perro? Si mi padre supiese esto, ¡cómo lo sentiría!

Estas penosas reflexiones, obraban sobre el ánimo de Mauricio con bastante fuerza para hacerle vacilar en su proyecto.

—¡Alejarme de él! ¡caminar por este lado, cuando él está allá abajo! ¡Entregarme al pícaro de Santiago para oírle otra vez hablar mal de mi padre!

Mauricio inquieto y turbado, se entregaba á sus meditaciones llevando siempre un pie delante del otro. No se juzgaba al abrigo de toda reconvención; pero creía merecer sin embargo mas alabanza que vituperio.

—Mi padre me ha hablado muchas veces de esos malos entes que se fugan de la casa paterna y van á recorrer el mundo; pero yo no soy de esos vagabundos: yo no tengo casa paterna; una fatal desgracia me ha dejado solo y sin refugio, y yo voy caminando en busca de mi padre.

Entonces el niño precipitaba su marcha; queria apresurarse á llegar para aliviar la responsabilidad que había tomado sobre sí, poniéndose solo en camino sin consultar á nadie. Tal como una bestia de carga, demasiado cargada, se apresura á fin de desembarazarse mas pronto del peso que le agobia; y sin embargo le quedaba todavía mucho que andar, y su conciencia mientras tanto, no caminaba tranquila, ni cesaba de gritarle á menudo:

—¡Detente, detente, haces mal!

Comprendió por último, que cediendo al loable sentimiento de piedad por un pobre animal, se hacía culpable de desobediencia y de temeridad, y que hubiera debido sufrirlo todo, hasta la muerte de su perro, antes que abandonar la aldea donde su padre le había dejado, y donde pensaba que estuviese todavía.

Mauricio distinguió el mal, oculto bajo hermosas apariencias, y su falta le pareció tan clara como la luz del día.

Había en este sitio una fuente situada en la margen del camino. El niño se sentó á su lado para reflexionar acerca del partido que debía tomar, después que mitigaron la sed él y su perro.

—¿No podría yo, se dijo, remediarlo todo, salvar á Cascabel, y entrar en el círculo de mis deberes? Cascabel es un hermoso perro; es joven todavía y puede acostumbrarse á un nuevo amo. Quiero buscárselo en la vecindad. Cualquiera arrendatario le tomará con gusto á su servicio: yo volveré á casa del señor Santiago, me pondré á su disposición, y lo sufriré todo de él hasta tanto que yo pueda informar á mi padre de la desgracia que nos ha sucedido.

Luego que tomó esta resolución, Mauricio se sintió más tranquilo:

¡Lo que es obrar bien! la recompensa viene al momento; no vemos á quien la da; pero seguramente vive con nosotros, pues no deja de aprobar un buen impulso del corazón. Durante este secreto consejo que tuvo el niño consigo mismo, Cascabel le había hecho mil caricias, como para ganarle y seducirle, y Cascabel había sido virtuosamente sacrificado,

—Pronto me olvidarás, le decía dulcemente el triste Mauricio; lo que hago es tanto por tu bien como por el mío. ¿Quién sabe hasta dónde nos hubieran conducido estas aventuras? Ven, mi pobre Cascabel, vamos á buscarte un nuevo amo; es preciso separarnos.

Todo esto le decía, al paso que le prodigaba un sinnúmero de caricias, y Cascabel le correspondía alegremente y se disponía á jugar con su desconsolado dueño.

NUEVAS ALÁRMAS.

En este momento vieron llegar por el lado de su aldea un joven zagal montado en una jaquita gallega. Mauricio le reconoció al punto por uno de sus vecinos. Era un alegre compañero; uno de estos entes que sin maldad se complacen en ser malignos, y hacen el daño aturdidamente, y sobre todo son inclinados á divertirse con la inocencia de los niños.

Conoció á nuestro viajero y lanzó un grito de sorpresa.

—¡Ah! ¿Estás aquí, pobre Mauricio? ¿Dónde vas?

—Ya lo ves.

—No te aconsejo que sigas adelante por la carretera. Esta noche han enviado tu filiación al juzgado de la cabeza de partido pidiendo que te prendan y te lleven á la cárcel. El señor Santiago es un hombre terrible, y está encolerizado contra tí. Dicen que por causa de tu perro te has escapado, pero que esto no te sucederá dos veces. ¡Mira bien lo que te reservan! ¡Un calabozo! ¡pan y agua! yo no quisiera hallarme en tu pellejo.

Y hablando de esta manera para asustar á Mauricio, el zagal, que le costaba trabajo contener el ímpetu de su jaca fogosa, prosiguió su camino á galope, haciendo todavía al fugitivo gestos animados para obligarle á que se separara del camino. Este inesperado encuentro turbó de nuevo al desgraciado niño. ¡Ser preso como un criminal! ¡Ser encerrado en una cárcel! ¡y sin saber lo que después le sucedería! Había sobrados motivos para destruir los planes del joven viajero.

Por eso se decidió á huir al través de aquellas campiñas como si viera en su persecución á todos los alguaciles del mundo. De vez en cuando volvía la cara atrás para ver si le perseguían: buscaba los sitios más ocultos, caminaba por donde había más ramajes, y temblaba al ruido que hacían las hojas con el contacto de su cuerpo. Habiendo distinguido la manta de un pastor puesta sobre un palo, cayó al suelo asustado, porque creyó ver un alguacil puesto en emboscada. Cascabel ladraba á pesar de las reprensiones de su amo, y era que el fiel animal, viendo turbado á Mauricio, le creía amenazado del más grande peligro.

LAS BUENAS ZAGALAS.

Las gentes que tienen miedo, hacen medrosas á las demás. Mauricio, en su expedición desordenada, pasó al lado de una pradera, donde dos zagalejas de corta edad guardaban un rebaño de vacas. La más pequeña de las dos pastorcillas, sorprendida por los ladridos y la repentina aparición de Cascabel, huyó asustada lanzando tremendos gritos: el rebaño entero participó de este temor y comenzó á estraviarse por todas partes. Mauricio, justamente alarmado del daño que podía ocasionar Cascabel, le llamaba con todas sus fuerzas, cuando una vaca, más atrevida que las otras, se determinó á oponer su cabeza al perturbador de la paz del ganado: ya iba á empeñarse una lucha sangrienta, y Mauricio no titubeó en lanzarse entre los combatientes, á riesgo de recibir él la cornada destinada á su perro. Merced á esta valerosa intervención, cesó la alarma. La niña más tranquilizada dejó de correr, y volvió á los ruegos de Mauricio, y acarició á Cascabel quien le lamó las manos.

El amo y el servidor tomaron asiento al lado de las pastorcillas, para reposarse del pasado susto, y Mauricio no se apercibió hasta entonces de que su sombrero y su pañuelo estaban vacíos, y que había perdido todas sus avellanas, excepto las que estaban en sus bolsillos. Sin embargo, las ofreció á las zagalejas en reparación del susto que Cascabel le había hecho pasar, y espresó su sentimiento por no tener más.

La niña le dijo á su vez:

—Nosotras tenemos patatas asadas, y quiero que tú las pruebes.

Y sacó algunas de entre un montón de ceniza y las presentó á Mauricio que las aceptó sin hacerse mucho de rogar.

A medida que las iba despellejando, Cascabel cogía con ansia estos despojos y los engullía, y el niño se puso á comer su parte con tanto apetito que las chicas lo observaron.

—¿Tienes mucha hambre? preguntaron las dos á un mismo tiempo, y él respondió:

—No os admireis; no he comido en todo el día mas que unas pocas de avellanas; y mi perro se ha desayunado con una serpiente.

—¡Una serpiente! exclamó la niña mas pequeña con asombro.

—¡Avellanas! dijo la mayor cruzando las manos; y sin escuchar mas, tomó una gran taza de palo de una cesta que estaba oculta, llamó á su cabra y se puso á ordeñarla.

Mauricio, al verla arrodillada, acudió á detenerla diciéndole:

—¿Qué pensará tu padre?

—Mi padre no está con nosotras, dijo la niña dirigiéndose á Mauricio; pero Dios nos ha dejado una buena madre; nada temas por mí: nos deja para nuestro uso la leche de esta cabra, y nos enseña con su ejemplo á compartirla con aquellos que tienen hambre y sed. Pon en esta leche las patatas que mi hermana acaba de prepararte, que saben bien ambas cosas juntas.

Las pastorcillas siguieron preparando patatas en abundancia, mientras que el famélico Mauricio, sin hacerse mucho de rogar, mezclando lo sólido con lo líquido saboreaba tal vez el mas opíparo banquete de su vida. Sus dos caritativas niñas le miraban con alegría.

Cuando terminó la primer taza la llenaron de nuevo; esto no bastó, y como las niñas le invitaban á que comiese mas, les dijo Mauricio:

—Puesto que sois tan caritativas, haced por mí perro lo mismo que habeis hecho por mí; por su causa recorro yo el país; me origina muchos disgustos, y sin embargo le quiero cada vez mas.

A las primeras insinuaciones de Mauricio, la chica había vuelto á coger la taza, y encontró todavía con que llenarla en las mamilas de la cabra; el perro fué tan regalado como su amo; le concedieron los honores de comer en taza y

es fama que lo hizo cómodamente sin necesidad de cuchara.

Ambos vigeros se encontraban perfectamente restaurados, y las jóvenes bienhechoras manifestaron deseos de saber el motivo que obligaba á Mauricio á recorrer los campos de aquella manera. El fugitivo refirió menudamente su historia á las pastorcitas sin ocultarles lo mas mínimo. Esto no lo hacía únicamente por complacerlas, sino porque al mismo tiempo sentía la necesidad de desahogarse, y porque esperaba encontrar en la mayor de las chicas una buena consejera. Desgraciadamente al hacer la relacion de su partida y de su fuga la interesó demasiado, y supo indignarla contra el señor Santiago, y amedrentarla con los alguaciles, para que pudiera pensar y sentir de otra manera que él. Sin pretenderlo había seducido á su juez, y no pudo sacarle, en lugar de sabios consejos, mas que exclamaciones de:

—¡Dios mío! ¡eso es horroroso! ¡qué lástima! Y Mauricio confirmó su pensamiento relativamente á la fuga,

—Ven á esconderte á nuestra cabaña, decía la menor; nosotras te guardaremos hasta que venga tu padre.

Mauricio la dió gracias; pero sin detenerse en esta candida proposicion, dijo á la mayor indicándole con el dedo una colina que se elevaba á cierta distancia:

—¿Se ve un monte blanco desde esa altura?

—Yo no he subido nunca tan alto, respondió la niña, ni jamás he oido hablar del monte blanco, hasta que tú lo has nombrado.

En esto se levantó Mauricio, dió la mano á las dos pastoras agradeciéndolas la buena acogida, y se despidió de ellas con un vivo sentimiento. Ya se veían muy lejanos los unos de los otros, y todavía se saludaban por medio de los gestos y los gritos.

(Se concluirá.)



Mauricio y Cascabel almuerzan con las zagalas.



GLORIAS DE ESPAÑA.



INCENDIO DE ASTAPA.

I.

Hay un hecho en la historia de España que, aunque no tan ruidoso como el sitio memorable de Numancia y la resistencia heroica de Sagunto, todavía presenta uno de los rasgos mas bellos que pueden ofrecer los anales de los pueblos, de ese santo amor de la patria que era una especie de culto religioso entre los pueblos de la antigua Iberia, y este hecho, este movimiento que el amor del suelo natal inspiró á los primitivos españoles, es la defensa y destrucción de Astapa.

La nobilísima ciudad de Astapa, hoy Estepa en el reino de Sevilla, era una población que, aunque situada en terreno desigual y favorable á la defensa, todavía la fundaba mas en el valor y ánimo resuelto de sus habitantes que en las obras de la naturaleza y del arte. Aliada con los cartagineses y enemiga por lo tanto de los romanos, fué una de las ciudades que estos atacaron en menosprecio de los tratados, y deseosos de abatir el orgullo de Cartago, su eterno rival, mientras conservase su preponderancia en la península

española. Era entonces una temeridad el resistir á las victoriosas armas de los romanos que hacian punto de su mayor honra la conquista definitiva de la España: era por el año 200 antes de Jesucristo, cuando ya habian pasado á España los dos hermanos Cneo y Publio Scipion, y cuando estendiendo sus conquistas mas allá del Ebro, los cartagineses iban en visible decadencia. Desde su primera derrota en Lérida, habian perdido otras batallas al defender las márgenes del Ebro. Los dos hermanos Magon y Asdrubal habian sido tambien vencidos junto al Segre, y ya estaban reducidos á pelear en aquel suelo de Andalucía en el que primeramente habian saltado de sus naves, cuando ansiosos de triunfos y riquezas vinieron á emular las conquistas de los fenicios.

Pero ni el creciente poderio de Roma, ni la decadencia de los cartagineses, ni la completa seguridad de que no habian de ser socorridos por estos, pudieron arredrar á los habitantes de Astapa. Eran estos citados como modelo por la sencillez de sus costumbres por la sobriedad de su vida que les hacia vigorosos y robustos, y por el desprecio que hacian de todo cuanto podia afeminar á hombres dedicados al cultivo de sus tierras, cuando no tenian que interrumpir

TOMO X.

2

pirle para defenderlas con las armas en la mano. Acostumbrados al continuo trabajo y á vivir de poco, se hallaban mejor que ningun otro pueblo preparados á sufrir las privaciones, y poseian, sobre todo, aquella inestimable constancia que las repetidas contrariedades no puede abatir.

Fieles á su empeñada palabra, sin que les sirviese de escarmiento la reciente catástrofe de Sagunto, y resueltos en todo caso á pelear por su propia independencia y á morir antes que perder su libertad querida, respondieron con arrogante altanería á las primeras intimaciones de los romanos y se aprestaron desde luego á la defensa. Grande fué la sorpresa de los orgullosos conquistadores cuando supieron que se atrevía á poner obstáculo á su marcha un pueblo de tan escasa poblacion, que ni tenia los medios de defensa que entonces estaban en uso, ni podia tampoco pelear en buen orden de batalla. Asi es que sin tener presente cuán invencible hace á un pueblo su natural valor en los combates y su constancia en las fatigas, reunieron todas sus fuerzas, y resueltos á tomar señalada venganza de tanto desaire, fueron á poner sitio á Astapa, empezando antes, segun su acostumbrada táctica, por un bloqueo desde los inmediatos pueblos, para impedir el paso de víveres, y por arrasar sin piedad toda la campiña de las inmediaciones.

II.

El amor de la patria, que tan estinguido parece en los serenos días de la paz, y cuando no hay el menor asomo de peligro, despierta súbitamente y con todo su entusiasmo en cuanto el enemigo hace oír su amenazadora voz ó resuenan á lo lejos sus insultantes gritos de victoria. El levantamiento en masa de los pueblos de España al verse amenazados por la invasion ó la perfidia estrañas, es un efecto de aquel entusiasmo, y en el caso presente todos los habitantes de Astapa, todos unánimes con algunos denodados habitantes de la campiña, resolvieron sacrificarse en defensa de su querida ciudad.

A pesar del denuedo con que salieron á recibir á los primeros romanos que osaron presentarse delante de los muros, no pudieron impedir que les cortasen toda comunicacion con los pueblos inmediatos, ni que los romanos fortificasen su campamento, como si en él hubiesen de esperar por mucho tiempo, sin aventurarse á los azares de una batalla campal.

Mandaba en Astapa el animoso Vetulio, esforzado capitán que habia reasumido en sí todos los poderes en aquellas circunstancias, y que nacido en la infima clase del pueblo, se habia elevado á aquel puesto por su solo mérito, favorecido con la libre eleccion de sus conciudadanos. Al frente de ellos salió mas de una vez á presentar la batalla á los romanos; pero estos no quisieron aceptarla, y seguros de vencer á sus enemigos por el hambre, les contestaron con el mas insultante desprecio. Esto irritó de tal modo á los de Astapa, que osaron atacar las trincheras de los romanos, sin mas satisfaccion que la de hacer en ellos gran carnicería, porque al fin y al cabo, solos contra triplicadas fuerzas, tuvieron con irreparable pérdida que replegarse á la ciudad. A pesar de los muchos víveres que en ella se habian encerrado, empezaba á sentirse el hambre, y fallecian diariamente muchas personas entre los ancianos, las mugeres y los débiles, sin contar con los que sucumbian

en los combates ó de resultas de las heridas en ellos recibidas. Solo quedaba una juventud resuelta, á la que era odiosa la idea sola de capitulacion, y á la que no arredraban los graves peligros á que la ciudad se veia espuesta. Viendo perecer á los objetos de su mayor cariño, se enfurecian mas y mas contra el enemigo causante de tantos desastres; y cuando las pocas mugeres que aun no habian sido victimas del hambre les decian: «Matadnos antes que suframos el oprobio del odioso vencedor,» hubo entre ellos quien así lo hizo en el acto, para precipitarse en seguida como un tigre, y con espada en mano, á morir en las filas enemigas. Vetulio tambien, antes que todos perezcan, resuelve hacer el último esfuerzo, y no queriendo al menos morir sin venganza, reúne cuantos habitantes en Astapa pueden manejar todavía las armas, y con ellos va á caer sobre los romanos, haciendo en ellos inaudito estrago. Los romanos, seguros del triunfo, salen esta vez de sus trincheras, y hacen ademán de dirigirse á la ciudad, lo que obliga á los habitantes á replegarse pronto hácia ella, si es que han de defender á las mugeres y gente débil que alli habian quedado; pero los romanos contra su costumbre siguen sus huellas, y en pos de los infelices habitantes de Astapa vienen las legiones romanas, que formadas como para el asalto avanzan en buen orden de batalla.

III.

Al llegar á los débiles muros de Astapa, detiéndose los romanos, y un gefe de ellos, llevando un ramo de oliva en la mano, se adelanta al portillo en que han hecho alto Vetulio y sus guerreros.

—La batalla está perdida, dice, y los romanos van á entrar en Astapa; vengo á notificar á los habitantes de esta ciudad, que es preciso morir ó rendirse á discrecion y merced del pueblo romano.

El gefe español consulta con una mirada á los pocos soldados heridos y estenuados que le rodean, y adelantándose en medio de ellos, responde con una entereza que aumentaba la gravedad de sus palabras.

—No: en esta ciudad que libres nos ha visto nacer, en esta moriremos: preferimos á abandonarla, el ser sepultados entre sus ruinas; nuestro suelo natal recibirá en su seno con los huesos de nuestros padres, nuestros cuerpos mutilados por la mano de nuestros guerreros. Preferimos perecer hasta el último, antes que sufrir en tierra estraña el oprobio de la esclavitud.

Estas palabras sublimes pronunciadas en la última hora de todo un pueblo, exasperan mas al romano, que persuadido de la unánime decision de los de Astapa, ó contando tal vez con ella, no quiere, sin embargo, dar la vuelta á los suyos con la contestacion, sino que manteniéndose en aquella entrada hasta la que ha podido llegar, arroja al suelo el ramo de oliva, y levantando en alto la estremidad de su clámide purpúrea, la agita en el aire con viveza.

El fogoso Vetulio se precipita sobre él y le atraviesa con su espada; pero ya es tarde: la señal ha sido vista por todo el ejército romano que responde á ella con un grito de guerra, y como devastador torrente, se precipita á la ciudad. Resisten los de Astapa con todo el coraje que presta la desesperacion, y se van replegando lentamente hácia la plaza céntrica y principal de la poblacion á medida que



los romanos entran en ella por todas partes. La lucha se hubiera sostenido por mas largo tiempo, si un extraño y aterrador incidente no hubiese venido de improviso á paralizarla. Espárcese por todas partes un fúnebre y fojizo resplandor, y los guerreros de Astapa ven elevarse en medio de la plaza una inmensa hoguera en la que los habitantes, creyendo ya tomada la ciudad y muertos todos sus defensores, están arrojando todos cuantos objetos tienen de algun valor. Pero no son solo las riquezas las que desprecian aquellos desgraciados habitantes. Tambien desprecian la vida, don inestimable del cielo, y á medida que crecen el peligro y la desesperacion, son muchos los que lanzando gritos de horrenda alegría se precipitan en la hoguera: hasta los mismos soldados de Vetulio van á lanzarse en ella huyendo de los romanos, viéndose las oscuras sombras de los que se agitan en el seno de aquella sangrienta pira. El incendio gana terreno y se comunica á los edificios, y al través de su luz sangrienta, véase todavía centellear los aceros de los que combaten. Los quejidos de los moribundos, los alaridos de los que se arrojan á la hoguera, los gritos de los vencedores, el estruendo de los techos que se desploman, el fuego y el humo que cunden por todas partes, ofrecen á los romanos, dueños ya de la ciudad, la imagen de la mas espantosa catástrofe. Ya no tienen enemigos que combatir; pero tampoco esclavos de quienes triunfar: solo hallan cadáveres, ruinas y desolacion por todas partes. Delante de la luz sangrienta de la inmensa hoguera, y en sitio donde el calor no les deja aproximarse, ven alzarse una fúnebre sombra: es Vetulio, el gefe de los valientes de Astapa, aquel hombre tan gallardo y animoso en otro tiempo y que entonces desfallecido parece que solo ha conservado sus fuerzas hasta aquel supremo momento. Tiende sus miradas todo alrededor de sí, y bien seguro de que es el último de sus conciudadanos, arroja su sangrienta espada en medio de la hoguera. Vésele despues tender los brazos en enérgico ademán, cual si dejase á la patria su postrer suspiro, y caer de improviso en el seno de la horrenda pira, siendo el último entre tantos héroes como dejan burlada la avaricia y crueldad de los feroces enemigos.

Tal fué la lastimosa catástrofe de Astapa, ese sacrificio penoso debido al santo amor de la patria que es con el de la familia el mas puro y poderoso de los afectos del corazón. Los anales de España prueban así en los tiempos antiguos como en los modernos, que ningun otro pueblo ha poseído en tan alto grado esta virtud social, móvil siempre de las acciones mas generosas y de el heroismo mas sublime.

F. FERNÁNDEZ VILLABRILLE.

MUGERES CHINAS.

No hay en la tierra un pueblo cuyo retrato sea mas universalmente conocido que el del pueblo chino, original en todo, en nada se parece á otro. Sus inmutables costumbres le han impreso un sello de uniformidad que sorprende y admira á primera vista. Todos sus naturales se asemejan tanto en sus trages, que no parece sino que han sido vaciados en un mismo molde. El peinado, el corte de los vestidos, el modo de andar, el calzado por último,

siempre los mismos, no han sufrido alteracion alguna durante el curso de tantos siglos.

Dotadas las mugeres de una piel bastante blanca, buscan todavía en el arte el medio de aumentar este color. Con tal objeto embadurnan el cutis de su cara con una mezcla de leche y albayalde, y para que la blancura resalte aun mas, se pintan las megillas, labios y encías de un colorado brillante.

Tienen las hijas del celeste imperio los ojos pequeños y ovalados, y no conservan de sus cejas mas que una línea en forma de arco y sumamente delgada, á veces las rasuran, y reemplazan con una lijera hoja de sauce en cuyo adorno desplagan grande habilidad, y todo el talento de un verdadero diseñador. Llevan la frente descubierta, y sus cabellos echados hácia arriba, caen sobre sus espaldas enlazados en muchas trenzas. Es tan estremada su pasion por las flores, que ricas ó pobres, sus prendidos en todas estaciones van provistos de flores naturales ó artificiales, á ellas limitan todos sus adornos, y á un relój que se ponen al salir de su casa. Las señoras de alto rango son las que únicamente llevan prendidos de terciopelo negro adornados con pedrerías; el peinado de las solteras no descubre la frente, sino que en forma de racimos baja á los lados de la cara.

Las chinas tienen generalmente los brazos largos y delgados, las manos pequeñas, los dedos afilados, y adornados, ó mejor dicho armados de uñas de una largura desmedida. Las dejan crecer cuanto pueden, y para preservarlas de todo accidente que pudiera lastimarlas, las auxilian con otras de plata que ajustan con mucha destreza por debajo. Aunque la moda de las uñas largas no haya adquirido en Francia tan alta perfeccion, véase no obstante muchas *lionas*, que dejan crecer tan seductoras garras, destinadas, segun se asegura, á la defensa de una virtud que por lo menos es muy recelosa.

Es muy sabido que las chinas tienen el pie ridículamente pequeño ó mas propiamente dicho, cruelmente estropeado. Cuando una niña principia á andar, se la doblan sus tiernos dedos y se los comprimen violentamente con franjas de seda. Solo el pulgar se libra de tan atroz sacrificio. Resulta de esta operacion, que los dedos privados de la circulacion de la sangre, no adquieren su desarrollo natural, y el pie queda necesariamente pequeño, pero de tal modo repugnante, que sin el dedo que conservó su libertad, mas que de pie humano tendria la elegante forma de una ostra, ó casco de caballo. Gran contacto tienen semejantes pies con las botas del famoso Sakoski, porque ni con estas, ni con aquellos, se puede andar. Cuando las chinas impelidas por la necesidad quieren moverse, saltan y cojean, y en vez del aire fino y elegante de nuestras europeas, tienen el paso torpe y embarazado de las lugareñas.

Las señoras de la Tartaria no han querido sujetarse á tan estúpida práctica, y en cuanto á las mugeres ordinarias obligadas como están á procurarse su subsistencia con trabajos diarios y penosos, claro es que tampoco pudieran aceptarla. Son las únicas mugeres que en la China usan medias. Las que disfrutan del doloroso honor de tener pies pequeños, se creerian deshonradas si las llevasen tambien, y en su lugar las reemplazan con franjas de seda que enlazan alrededor del pie y la pierna. Su calzado es siempre de tejido

y la soleta blanca, espesa, ancha y lijera. Esta soleta está formada de diversas hojas de papel enlazadas unas con otras y cubiertas por debajo con un pergamino. Semejantes zapatos, por poco sólidos que parezcan, como están fabricados para pies condenados al descanso, alcanzan larga duracion.

En la China la robustez es una belleza en los hombres y un defecto en las mugeres. El conato de estas estriba esencialmente en conservar la esbeltez y elegancia del talle, pero no se someten como nuestras europeas á la tortura del corsé. Sus vestidos son de gran sencillez en la forma. Como no usan lienzo, lo primero que se ponen es una banda de seda, como todo lo demás de su traje. Llevan por cima una chaqueta y un ancho pantalon atado á la cintura y tobillo, esta chaqueta y pantalon están ocultos en parte por una bata de raso de mangas largas, la que fijan alrededor del cuerpo por medio de una cinta. Este traje en el invierno está enteramente forrado; las piezas no son todas de un mismo color, en la eleccion de ellos es donde se muestra el buen gusto de la que le lleva.

La vida de una señora china agradaria muy poco á nuestras seductoras europeas. Indicaremos desde luego que los chinos miran como una desgracia tener muchas hijas. Se dice, aunque esto no está bien probado, que los padres á quienes la ley concede el derecho de vida y muerte sobre sus hijos, abusan con frecuencia ahogando las niñas en el acto del nacimiento. Falso ó no falso tan cruel uso, es muy cierto que el nacimiento de una niña es considerado en la familia china como un objeto de pesar mas bien que de gozo y alegría.

Desde la edad de siete años, las hijas de los mandarines y chinos bien acomodados no ven mas á los hombres, ni viven en la misma habitacion, ni comen con sus hermanos. A los doce ya no salen ni se dejan ver en público. No ven á los estrangeros sino al través de celosías y cortinas, sin ser vistas de ellos. Para enterarse de lo que pasa en la calle, hacen sujetar al exterior de la ventana unos espejos colocados de tal modo que reproduzcan en una luna interior todo el movimiento de afuera. Se da á estas jóvenes una educacion enteramente conforme á su futuro destino. Aprenden á hilar, tejer seda y lana, bordar, puntear, una especie de laud, diseñar flores y hacer sacrificios á la Divinidad. Respecto á otros conocimientos, permanecen en la mas completa ignorancia, ni saben leer ni escribir. Su educacion como se vé ni es larga ni difícil, y está terminada á los quince años, entonces estas jóvenes disfrutan los mismos privilegios que las mugeres de mas edad.

Hasta cumplir los veinte años, no pueden casarse, los casamientos allí están acompañados de numerosas formalidades. Los futuros esposos cambian al principio presentes que están regulados por una costumbre inmemorial. El marido envia á su desposada grandes pasteles que tienen la forma rara y caprichosa de los dragones y aves que se ven esculpidas en sus porcelanas y linternas chinescas, dulces almibarados en azúcar, y como parte mas esencial bolsillos llenos de oro. La señorita regala á su prometido, bellos y lujosos vestidos, en los cuales ha desplegado por su misma mano toda su habilidad de bordadora. Como se vé, casi otro tanto sucede en Europa hasta este punto, pero de aquí en adelante tendremos ocasion de notar la originalidad de los chinos. La novia tiene la imprescindible necesidad de manifestar un dolor exagerado porque va á aban-

donar su familia. Debe por lo tanto llorar todas las noches durante los diez dias que preceden al matrimonio. Sus hermanas no menos desconsoladas, tendrán tambien sus lágrimas someras prontas á esplicar su dolor. Llegado el dia del matrimonio á las doce en punto se conduce á la novia á su futura habitacion, en un palanquin ó silla de mano guardada con cortinas encarnadas; acompaña la un numeroso cortejo de parientes y amigos, é igualmente la siguen las señoras de ambas familias encerradas en otras tantas sillas. Los criados siguiendo al acompañamiento llevan con gran pompa los regalos que se han hecho á la novia. Ademas de los efectos mencionados hay siempre entre las dádivas cierto número de ansares vivos. Estas aves están reputadas en China como modelos de fidelidad y dulzura. Las sillas de ostentacion y los criados se alquilan para este acto. El novio rodeado de numerosos amigos y parientes espera la llegada de su futura esposa, y á su anuncio se dirige á la puerta de la casa para recibirla.

Pero es el caso que en todo esto no hay mas que preparativos, al presente nada está concluido. El novio no ha visto todavia á su prometida, y ésta, llorosa y asustada, ve por primera vez al que la han destinado para marido, sin saber si llegará á serlo realmente. El desposado se acerca á la silla, levanta la cortina y contempla á la que se le dá por compañera. Si es bella y le gusta manda abrir la puerta principal de su casa, si por el contrario esta primera vista no le satisface, ordena á los conductores que vuelvan por el mismo camino, y se abandona el proyecto de matrimonio; las partes no son iguales, la muger no tiene derecho para rechazar á su marido por mas horriblemente feo y deforme que éste sea. Si la puerta se abre, la novia se dirige á la sala de recibimiento, allí su marido la desprende el velo que la cubre; y despues de beber en la copa de la alianza, se la presenta á su muger. Cumplida esta ceremonia, el matrimonio está perfeccionado, siguense despues las comidas de boda, porque hay que notar que en China, como en todos los paises, no hay bodas sin comida. Las mugeres comen reunidas en el interior de la casa, y los hombres en las calles de árboles, en los jardines bajo tiendas preparadas al efecto, ó bajo emparados de hojas. El marido y la muger comen solos en un aposento separado, donde sus convidados los felicitan antes de retirarse. Desde este dia la esposa no se presenta á la vista de otro hombre, á escepcion de su padre; si necesita hablar con alguno, será al través de celosías ó detras de una cortina. Verificadas las nupcias, la muger pertenece á la nueva familia, y casi no vuelven á ver la suya, sale poco de casa, y sale menos cuanto mas elevada es la clase en que se encuentra. La reclusion está considerada como una prueba de grandeza y poderio. Esta ridicula preocupacion se halla tan arraigada, que las mugeres por vanidad se imponen un aislamiento mayor que el que pudieran exigir los hombres.

El doctor Morison, dice, que en la China, algunos casamientos se hacen por medio de papeles públicos, en los cuales se relaciona la familia, cualidades y edad de la señorita. En estos papeles se alaba el color de sus cabellos, la blancura de sus cutis, la pequeñez de sus pies, etc. Los casamenteros de Francia de manifiesto en sus pequeños carteles, con toda su patente de invencion, no son mas que miserables plagarios. En China esta costumbre no tiene lugar mas que entre personas opulentas, que no queriendo

desprenderse de sus hijas, prefieren aumentar su familia llevando el yerno á sus casas.

Cuando una joven muere antes de los diez y nueve años, se hace su retrato y se le envia al que estaba designado para su esposo, que le recibe con todas las ceremonias que median en los casamientos; concluidas que son, se arroja el retrato al fuego. El envanecido y presunto esposo, levanta un mausoleo que eternice la memoria de la malhadada joven.

La muger, cualquiera que sea su rango, está mas considerada conservando su viudez. El sacrificio que hace en conservarla, no puede atribuirse á la esperanza de disfrutar mas libertad, porque la viuda no hace mas que cambiar de dueño. De la dependencia de su difunto marido, pasa á la del hijo primogénito, ó vuelve á entrar en el dominio de su padre.

Las mugeres no van á los teatros públicos; pero si el espectáculo tiene lugar en sus casas, asisten ocultas tras las rejas. Así pueden ver los festines que celebran los hombres entre sí, porque como ya hemos dicho, no hay inconveniente en que vean á los hombres, el mal es ser vistas.

Los chinos pueden tener concubinas; pero solo una muger; ésta es la señora de la casa y de cuantas mugeres haya en ella.

Las chinas de todas clases tienen como los hombres el hábito de fumar. Llevan siempre en la cintura una bolsa de tabaco, al lado de la que contiene el pañuelo y una cajita donde encierran el negro de Arek. Tienen tambien en el mismo sitio un estuche donde guardan el abanico, del cual hacen un uso frecuente y gracioso. De estos tienen una numerosa y rica coleccion. Las chinas llevan la decencia aparente mas allá que las europeas, jamás se descubren el cuello y brazos, sus túnicas y chaquetas están de tal modo altas, y sus mangas siempre largas y anchas que ocultan no solo los brazos, sino hasta las manos. Digo decencia aparente porque los chinos no consideran la castidad como una virtud, y no la aprecian mas que en cuanto contribuye á su satisfaccion personal ó á sus intereses; la estiman en sus mugeres por un sentimiento de celos, y en sus hijas por la esperanza de que hallarán mas fácilmente esposos acomodados.

Aunqu en China las mugeres sean tan desgraciadas, lo son todavia mucho mas en la Cochinchina. Allí no se contentan con dejarlas en esclavitud y venderlas, su propiedad se cede y transfiere, se las alquila como pudiera hacerse aqui con los carruages y caballos. Las mugeres ordinarias especialmente, están apreciadas ni mas ni menos como bestias de carga, en razon de su fuerza y organizacion. Los hombres las tratan como aquel marido parisiense de Gavarni, que decia á su mitad: «Me he desposado contigo para ser feliz, mi dicha estriba en la ociosidad.»

NOTICIAS HISTÓRICAS

SOBRE LA PÓLVORA, ARMAS DE FUEGO, Y ANTIGUA ARTILLERÍA ESPAÑOLA.

En todas las naciones, ya desde los mas remotos tiempos, parece que el génio del mal se ha complacido en buscar y poner en manos de los hombres unos medios de defensa para equilibrar y sobrepujar si posible fuera las fuerzas de los combatientes. Desde que el primer hombre consideró á un semejante suyo como á un enemigo que le convenia alejar de su lado para vivir sin rencores y pacíficamente, desde aquel mismo instante se inventaron las

traidoras armas. Aun en las naciones mas salvages, en las tribus sumidas en la ignorancia y en la barbarie, parece se complació el génio del mal en iluminar su razon con un malhadado destello de luz que les hiciera echar mano de lo que ofrece espontáneamente la naturaleza para procurar destruirse y aniquilarse mutuamente. El hierro, las piedras y los troncos de los árboles convirtiéronse en terribles instrumentos de muerte; y tratando de sostener su maldad y su ambicion, encontró el hombre medios ofensivos aun en los objetos mas indiferentes, tal como en las espinas de los peces, y en las plumas de las aves, despojados de inocentes animales que les sirvieron para las flechas. Desde las sencillas hondas de los pueblos primitivos hasta la imponente artilleria de nuestros dias, ha ido el hombre inventando mil medios diversos para lograr el exterminio pronto é irremisible de sus semejantes. No bastaron ya las lanzas, ni las picas de los primeros griegos y romanos; necesario fué inventar las flechas y los dardos que á distancia del enemigo pudiesen trocar el entusiasmo y la fortaleza del guerrero con la palidez de la muerte; y ni aun bastó el terrible fuego griego, espanto de los cruzados, pues hubo de descubrirse el vil medio de la pólvora, para sostener pasiones, satisfacer venganzas, y aun para subyugar pueblos enteros. En valde prohibieron en los siglos medios (1), los concilios y los santos padres, la saña y ferocidad que se habia apoderado de los hombres para destruirse mutuamente; en valde prohibieron los desafios y los torneos excomulgando con penas gravisimas á todos los que los permitieran y tomaran parte en ellos; y aun en valde llegaron á prohibir tambien el uso de arcos y de ballestas entre cristianos (2); pues siguió con pasos agigantados la perfeccion en las armas, y muy pronto llegó la época en que el cobarde adquirió osadia sin igual, y el valiente dejó rara vez de ser víctima de una mano traidora y fementida. Ya no obra la fuerza particular de cada combatiente en las eternas luchas que sostienen los hombres entre sí: la casualidad, y aun á veces la alevosia, son las que casi siempre conceden la victoria al defensor de peor causa ó al que no tiene de su parte el valor ni la razon. Y es estraño, que casi todas las naciones pretendan haber sido las primeras en poseer invento tan malhadado, cuando tantos y tan graves males ha ocasionado el uso y pronto desarrollo de la invencion de la pólvora.

I.

Antigüedad del combustible en la guerra.—Invencion de la pólvora.—Su uso en España.—Bombardas y pelotas de piedra.—Sus diferentes formas.

El uso del combustible en la guerra se remonta nada

(1) El concilio de Reims en 1131 prohibió los torneos con privacion de sepultura eclesiástica. El concilio general de Letran de 1179, y el de Trento prohibieron tambien los desafios bajo gravisimas penas, excomulgando entre otros á los emperadores, reyes, duques, principes y demas señores temporales que en tierras de su jurisdiccion diesen campo para los duelos. Pero el espíritu guerrero y las costumbres belicosas de aquellos tiempos hacian ilusorias é inútiles semejantes penas, y sabidas son las desgracias ocurridas en nuestra España en los siglos XIV y siguientes. En las justas de Valladolid del año 1440, reinando don Juan II, hubo que lamentar la pérdida de varios caballeros; y en la misma ciudad en las que dió el emperador Carlos V en 1518, murieron siete de los cincuenta justadores que entraron en el torneo, segun la relacion del cronista Pedro Mejia. Sabida es la desgraciada muerte del rey de Francia Enrique II, justando con el conde de Montgomeri en un torneo dado en Paris en el año 1559.

(2) En el concilio general del año 1139, se hizo un canon que fué el 29, prohibiendo el uso de arcos y ballestas en las guerras entre cristianos.

menos que al siglo VII, en que el ingeniero griego Calinico descubrió el fuego griego causador de terribles efectos, puesto que se aviva en el agua. Parece que le usó por vez primera Constantino Pogonato, empleándolo contra los árabes en el año de 673. Desde entonces varió notablemente la índole de las guerras, en que la victoria quedaba siempre á favor del que tenía la fortuna de poseer con perfeccion el modo de lanzar á los enemigos aquella especie de grandes dragones volantes, segun les llaman las memorias de la época. Joinville en las suyas nos describe del modo siguiente los efectos horribles de una invencion tan funesta para los cruzados, y la viva fé con que eran sufridos. «Cuando los turcos, dice, lanzaron contra nosotros por primera vez este fuego, nos pusimos de rodillas... á cada tiro se veia venir una cosa del tamaño de un gran tonel con una cola de cuatro palmos, haciendo tal ruido que parecia un rayo arrojado del cielo, ó mas bien un gran dragon que volaba por el aire, despidiendo tanto resplandor que en nuestro campo se veia como si fuese de dia claro.... y siempre que nuestro buen rey San Luis oia el ruido de este fuego, se postraba en tierra, levantaba las manos y los ojos al cielo, y exclamaba en alta voz derramando copiosas lágrimas: Señor y mi buen Dios Jesucristo, libertadme y libertad á mi gente.»

El secreto para componer este fuego se perdió con el tiempo, y no volvió á descubrirse hasta el reinado de Luis XV de Francia, en que un tal Dupré le halló nuevamente, proponiendo su uso á aquel monarca que no quiso servirse de él. En nuestros dias el quimico inglés Davy ha descubierto tambien el fuego griego, llamándole *potasio* (4).

Si el uso del fuego griego causó grande horror entre los ejércitos y millones de víctimas, mas funesta fué aun la invencion de la pólvora, que ayudó no poco á la completa pérdida de la fuerza y ánimo valeroso de los guerreros antiguos que hubiéramos heredado en el mismo grado los europeos del siglo XIX.

Tan diferentes son entre si las opiniones sobre en que país y en que año empezaron los hombres á aplicar la pólvora en la guerra, que confusa calla la historia y hablan solo las conjeturas. No falta quien atribuya su descubrimiento á la casualidad, como pretenden Polidoro Virgilio y otros autores, que suponen que habiendo un alquimista puesto en un mortero y cubierto con una piedra algunas partes de nitro, de azufre y de carbon mezclados juntamente, se pegó en ella fuego, é hizo saltar la piedra en el aire con mucha violencia. Se atribuye tambien esta invencion á un tal Constantino Anelzen ó Auchtzen, monge de Friburgo, por los años de 1330. Scaligero, Belleforest y otros autores tienen por inventor de la pólvora al fraile Francisco Bertoldo ó Bartolomé Schwartz, llamado el *Negro*, quien dicen enseñó este secreto á los venecianos en el año de 1334 en una guerra que tuvieron contra los genoveses. Juan Villani describe la sangrienta batalla de Creci en Francia dada en 1346, diciendo: «que los ingleses arrojaban pelotas de hierro con fuego para espantar y desordenar los caballos de los franceses;» y aun otros suponen que poseian aquellos seis caño-

nes, á cuyo terror debieron el ganar la victoria. Si leemos otros autores, veremos que los venecianos hicieron uso de la pólvora en 1379 en el ataque de Claudia-Fossa, en el que los alemanes les trajeron balas de plomo y pequeñas piezas de *artilleria* formadas con planchas de hierro, guarnecidas de fuertes aros del mismo metal, y parecidas á un tonel. En cambio Muratori cita la crónica de *Trevigi*, y dice que Francisco Carrara usó la pólvora contra los venecianos en el año de 1373. Se dá tambien el honor de esta invencion á Rogerio Bacon, célebre franciscano inglés, que vivia en 1270; pero no tiene toda la probabilidad necesaria, aunque de sus escritos parece deducirse que conocia aquel combustible. Pero á pesar de todo es preciso convenir ó que bien Schwartz, á quien la mayor parte de los escritores conceden la gloria de tal descubrimiento, no fué el inventor de la pólvora, ó que si lo fué, lo verificaria muchos años antes de la época señalada, pues en nuestra península se usaron tiros de trueno mucho antes. Efectivamente segun Casiri, refiere Abu Abdalla en su crónica de España, que en 1312 el rey de Granada Abalbalid llevó consigo al sitio de Baza una gruesa máquina, que cargada con mistura de azufre y dándola fuego, despedia con estrépito globos contra el alcázar de la ciudad. Y no hay duda alguna que los árabes fueron los primeros que conocieron tal invento, comunicándolo á la Europa por medio de los españoles, con quienes estuvieron mas relacionados, pues abundan en nuestras antiguas crónicas los hechos referentes á la pólvora ó tiros de truenos y bombardas. En la historia de Alonso VI conquistador de Toledo, escrita por Pedro, obispo de Leon, y citada por Pedro Mexia, se dice que en una batalla naval entre el rey de Tunez y el de Sevilla «los navios del rey de Tunez traian ciertos tiros de hierro ó bombardas, con que tiraban muchos truenos de fuego.» Y si bien algunos eruditos escrupulosos no dan todo el crédito necesario á aquel cronista, nadie duda de la buena critica y veracidad de Zurita que en sus Anales de Aragon habla de una invasion que los moros de Granada hicieron en Alicante en 1331, en la que llevaban ciertas pelotas de hierro que se tiraban con fuego, y citando Anchés este mismo hecho, copia un pasaje de una carta original escrita en valenciano por el ayuntamiento de Alicante al rey de Aragon don Alfonso y á la reina doña Leonor, donde dice que el rey de Granada va á Alicante en persona con toda su infanteria y caballeria, y con muchas balas de hierro para tirarlas lejos con el fuego: *et moltes pilotes de fer per gitarles llunys ab foch*. En la crónica de Alfonso XI de Castilla, refiriéndose al sitio que este monarca puso á Algeciras, ocupada por los sarracenos en el año 1342, se dice en el capitulo 273: «Los moros de la ciudad lanzaban pellas de hierro grandes, tamañas como manzanas muy grandes, y lanzábanlas tan lexos de la ciudad, que pasaban allende de la hueste algunas de ellas, é algunas de ellas ferian en la hueste.» Mas adelante en el capitulo 337, se lee que en 24 de febrero de 1334 entraron en la ciudad cinco embarcaciones cargadas de manteca, miel y harina, «y de *pólvora* con que lanzaban del trueno.» Si á todo esto añadimos que los catalanes y aragoneses conocian muy bien tan temible arte antes de 1359, en términos de pertrechar ejércitos y fortalezas, y con tanto adelanto que usaron por vez primera en España de la pólvora desde las cubiertas de las naves en el citado año, segun testimonio irrecusable de don Pedro IV de Aragon que

(4) Se forma el *potasio* del carbon, del hierro y de la potasa calcinada por la reaccion de estos dos últimos. Este *potasio* unido al carbon forma una masa negra que tan pronto como toca un cuerpo húmedo, y mucho mas el agua, se inflama instantáneamente.

lo dejó escrito en sus Memorias; veremos como es muy cierto fuesen los árabes quienes introdujeron en Europa la invención de la pólvora, y siempre anterior su uso en España al de otras naciones. Sin embargo, no debe extrañarse á pesar de lo dicho, que se atribuya la invención de la pólvora á los indios, y que estos la comunicáran á los chinos, de quienes pasó á los árabes que la trasladaron á los españoles; pues se empeñan fuertemente en esta opinión, Hide y otros autores. Y aunque Gambil, en la historia de la dinastía del Mougoux, pretenda haberse usado la pólvora en la China mil doscientos años antes que Schwartz; y á pesar de que la tradición comenseñale su origen en el principio de la era cristiana, con todo, el padre Mailla, versadísimo en la historia y erudición china, no ha podido dar con noticia alguna cierta, y cree que todo son conjeturas infundadas, y sobre las cuales nada puede decirse de probable ni de cierto. Nosotros, empero, no nos detendremos á aclarar aquí este punto con otros muchos datos que tenemos reunidos, pues solo es nuestro objeto en este artículo explicar las formas de las bombardas, y presentar reunidas algunas noticias sobre la antigua artillería española.

ARTILLERIA TERRESTRE. Los instrumentos bélicos de que se derivaron nuestros cañones, tuvieron un nombre primitivo que aumenta las dudas sobre la época y país en que se inventaron, y en qué nación se aplicó por vez primera la pólvora en la guerra; pues se llamaron *lombardas*, y despues *bombardas*, lo que haría creer tuvieron origen en el país de la Lombardia, si no hablaran en contra todos los hechos que antes hemos espuesto. En los primeros tiempos eran las lombardas de fierro y de piezas con rosca, ó aseguradas y atadas con cercos del mismo metal. Los proyectiles que lanzaban eran gruesas balas de piedra toscamente redondas, pero que por la fuerza con que eran disparadas y la dirección que llevaban en su rápida carrera, conmovían gruesos muros y hundían los edificios cual las bombas de nuestra artillería, si bien no reventaban como éstas. Constan todas de la recámara y del cuerpo de la bombardita, que tenía á su lado gruesas argollas para trasladarlas fácilmente de uno á otro lado. En un principio no tuvieron cureña ó cuerpo alguno con ruedas para sostenerlas, y así lo prueba el que para su puntería y disparo se pasaran horas enteras; el verse pintadas sin ellas en códices antiguos; y el que tuviese que pagarse el porte (tres sueldos) cuando en el armamento naval del rey don Juan I de Aragón contra Cerdeña, se llevaron seis bombardas á las atarazanas para probarlas, las cuales había hecho Bartolomé Oliver, herrero de Barcelona.

Pero en la segunda mitad del mismo siglo XV, se encuentran ya datos que prueban el uso de las cureñas, pues en la razón del precio que tuvieron diferentes géneros en la ciudad de Palencia en el reinado de Enrique IV, tomada de las cuentas que dió á don Alvaro de Stúñiga, conde de dicha ciudad, Pedro de Cepeda, su recaudador, por los años de 1437 y 1438, se encuentra que se pagaron 20 maravedises cada día por cada carreta de seis en que Ferrand Alfon y Lorenzo, carreteros y vecinos de la misma ciudad «llevaron las dichas bombardas ó cureñas, é servidores fasta Lagunilla, que son siete leguas, de quatro días de ida é venida». Con todo, estas y otras noticias parecidas sacadas de la lectura de documentos inéditos y de autores antiguos,

que omitimos por brevedad, no nos prueban que fuesen las cureñas con ruedas cual despues, pues quedamos en duda sobre si se daba este nombre á la armazón de maderas que algunas veces sostenía la lombarda, hasta el reinado del emperador Carlos V, en que el arte de fundir y manejar aquellos instrumentos adelantó notablemente.

De todos modos es indudable que la dirección ó el tiro de la bombardita, no era recto ni horizontal, sino curvo, haciendo varias veces el oficio de nuestros morteros, disparando por elevación para hundir edificios, como prueba Zurita en el capítulo XXVII del libro 12 de su historia, donde hablando del sitio que en 1443 puso el rey don Fernando I de Aragón á la ciudad de Balaguer, dice: «y como la *máquina mayor* que batía al castillo, lanzaba tales piedras, que pesaban cada una *ocho quintales*, hacia tanto estrago, que adonde daba lo hundía hasta el primer suelo.... Con la *lombarda mayor* de Lérida, se había hecho tanta batería, que las *pelotas* pasaban el adarve de parte á parte, de suerte que en dos días derribó del muro dos lienzos de torre á torre hasta el suelo.»

Y no debe extrañarse que en la infancia de la artillería únicamente pudiese cada instrumento bélico ó tiro de trueno, como también se llamaron las bombardas, disparar pocas veces al día, porque las maniobras en dar la carga y disparo era de largo rato. ¡Y cuántas veces la tosca é ignorante manera de servirse de aquella arma hacia que fuese á parar el proyectil sumamente distante del punto deseado! Debe también atribuirse en gran parte, no solo á la infancia del arte, y falta de buena cureña, punto de apoyo portátil, cual las cureñas rodadas de nuestros días, sino á la inmensa mole de aquellas máquinas, que en la primera época de la artillería hacían costosísimo su uso, y dificultosa su conducción. Disforme sería de grande y enorme el peso de la bombardita que servía al infante don Fernando de Antequera en el sitio de Setenil, cuando dice lo siguiente la crónica de don Pedro Niño (parte 4.^a, capítulo 42). «Luego que partieron del real, cayóseles en el campo la grand lombarda, que avian de tirar della veinte pares de bueyes, é otra lombarda pequeña, que podrían tirar un par de bueyes; é al caer que cayó la grand lombarda, desconcertóse, é perdiéronse della algunas cosas que avian tomado ya los moros.» Y la gente que de refuerzo mandó el infante para recobrarlas con el condestable, prosigue la crónica: «Fallaron caída la grand lombarda que non se daba ningund remedio, é luego en este punto comenzaron á adobar el carro, é las otras cosas que eran menester. En fin, tomaron la pequeña lombarda que la pudieron levar treinta homes de pie, que cortaron ramas é ramos de árboles con que la ataron. Los que quedaron con el condestable enderezaron é cargaron la grand lombarda, que se tardaron mas de quatro horas.»

Segun el erudito Capmany (4) en los años 1373 y 1380, era ya Barcelona fábrica y depósito de instrumentos bélicos, como ciudad capital y plaza de armas de toda la provincia, y arsenal de la corona de Aragón; pues de ella se sacaban los aprestos militares de artillería, pólvora y demas municiones, no solo para la defensa del continente, sino también de los dominios ultramarinos. Por consiguiente, dice, el uso de la artillería en Barcelona sería ya muy comun en 1378,

(4) Capmany.—Cuestiones críticas, pág. 204 y 225.

pues para abastecer otras fortalezas se debe suponer el arte muy adelantado, y como radicado ya en aquella ciudad, que en los siglos siguientes continuó con gran reputación para pertrechar plazas, ejércitos y armadas. En Castilla, continúa, tardó mucho mas en introducirse el uso de las lombardas como piezas de batir, pues la primera vez que se menciona es en el sitio que don Fernando de Antequera puso en 1404 á la villa de Setenil, despues de tomada Zahara y Baza de los moros de Granada.

No obstante, en la toma de la misma plaza de Zahara, anterior al cerco de Setenil, es donde se menciona por vez primera en la historia de los dominios de Castilla el uso de la lombarda, y que no fué en 1404, sino tres años despues; esto es, á primeros de octubre de 1407. Su uso no muy comun en los ejércitos, y sus maniobras todavia estrañas para los mismos, lo demuestra la suma lentitud con que se hacian las jornadas por el estorbo de aquellas máquinas bélicas. Por otra parte la estraordinaria magnitud de algunas lombardas, que era preciso trasladarlas de uno á otro lado en largas carretas, disimula tambien la torpeza en la direccion de los tiros, puesto que colocadas entre gruesos maderos ó puntos de apoyo dificilmente amovibles, necesitaban los que las servian doble espacio de tiempo para desarmar y colocar la armazon y darle nueva punteria, todo esto espuestos á los tiros de los enemigos. Mas no se crea tampoco que faltasen buenos artilleros para servir las lombardas del ejército del infante don Fernando, pues las crónicas de aquel tiempo refieren el curioso hecho siguiente: «Sitiada la plaza de Antequera en mayo de 1440 por el mismo infante don Fernando, el valor de su grueso ejército se estrellaba en valde contra los muros, defendidos obstina-

damente por multitud de moros. Intentóse dar el asalto que se malogró por la fragilidad de las escalas, y se arrimaron altas torres ó bastidas de madera para dominar la plaza, pero quedaron destrozadas tres veces consecutivas con muerte de la mayor parte de los guerreros que las defendian, por los certeros disparos de las lombardas de los antequeranos. Sobre todo una lombarda colocada en la torre del Homenaje disparaba tan certera y frecuentemente, que con su horrible y nutrido fuego sacrificaba las compañías mas aguerridas del ejército sitiador. En su vista un artillero alemán llamado maese Jácome se brindó á inutilizarla, puesto que sin apagar sus fuegos hubiera sido preciso desistir de la empresa; y para efectuarlo disparó varias veces contra ella una bombardita de las del infante sin fruto alguno, hasta que atinando con buena punteria, introdujo una bala por la boca de la lombarda enemiga que la inutilizó completamente.»

Hemos visto, pues, aunque con brevedad, la primera época en que en el arte tormentaria en Europa se aplicó la pólvora en la guerra, que fué en 1312, segun Casiri, por los moros de Granada, á cuya época tan remota ninguna otra nacion refiere documento alguno. Tambien hemos dado lijeras noticias sobre el uso, forma y proyectiles de las bombardas. Resta, pues, para un segundo artículo, insertar algunos pasages de varios historiadores antiguos, y completar en globo el conocimiento de diversas armas de fuego, y sucesos y disposiciones legales á ellas relativas, que no para servir de pasto á la crítica, sino para satisfacer la curiosidad de los aficionados á antigüedades, insertaremos en este MUSEO mas adelante.

F. J.



Vista de las ruinas en Capri, por Pablo Briik.



La vendimiadora de Capri: copia del cuadro de Rodolfo Lehmann.

TOMO X.

3

LA VENDIMIA EN CAPRI.

Uno de nuestros suscritores constantes que acaba de regresar de un viaje á Italia nos ha remitido en forma de carta varios fragmentos ó apuntes de sus observaciones en aquel pais autorizándonos á publicar lo que juzguemos digno de ello. Hoy hacemos uso de esta autorizacion copiando lo siguiente:

«He sido testigo de la manera como se verifica la vendimia en Capri, una isla situada al extremo del golfo de Nápoles, y quiero pintar este cuadro mágico en pocas líneas pero que basten á nuestros artistas para producir dos dibujos dignos del Museo.

Caminaba sin direccion particular con mi *cicerone* por las orillas del mar. El sol precursor del otoño se escondia al través de las embravecidas olas, lanzando su último rayo de oro á las ruinas de los doce palacios de Tiberio, poblados á la sazón de pescadores y pastores. Imagínense ustedes un hermoso paisaje de Villamil. De repente, á veinte pasos de las olas, entre dos empinadas rocas festoneadas de pámpanos silvestres, se me apareció una numerosa reunion de vendimiadoras, llevando cada una sobre su cabeza una canasta de forma antigua llena de ramas de cepa, y cargadas de enormes racimos de uvas. La que caminaba al frente, en calidad de jefe de estas vendimiadoras, me recordó la soberbia imagen de una diosa que existe en la sala italiana de nuestro Museo de pinturas; alta y fornida como una descendiente de las antiguas razas de Italia, marchaba con paso grave y mesurado, levantando con una mano su zagalejo encarnado, y sosteniendo con la otra su pintoresco cargamento. El brazo parecia arrancado á una estatua de Miguel Angel. Su delantal, sujeto á la cintura, iba levantado formando un pliegue caprichoso que terminaba en el cinturon del traje: tenia en su pechera una camisola blanca bordada, y además un collar que rodeaba su garganta con una hilera de gruesas perlas. Sus cabellos negros y abundantes, armonizaban con el alabastro mate de sus mejillas, y caian por detrás como una reluciente cascada hasta la mitad de su hermosa espalda. Yo me cubrí de una vergüenza patriótica, al comparar esta sencilla y varonil belleza con las traviesas aldeanas que recolectan nuestras uvas en la Mancha y en otros puntos de España, y se aumentó mi humillacion cuando gusté la uva de la magistosa italiana. Reconoci el delicioso néctar que hizo olvidar siete años á Tiberio todas las delicias de Roma. La vendimiadora nos dió cuenta de las precauciones que eran necesarias para que aquel jugo, que ya corria como lágrimas sobre la uva, se exprimiese, se prensase y conservara, para formar un cierto número de botellas destinadas á los paladares mas delicados.

En seguida, las vendimiadoras volvieron á emprender su marcha, y yo proseguí mi camino con mi *cicerone*.

—Aquí, me decia en cada ruina de palacio cubierta de mirtos, aquí es donde Tiberio consultaba á su astrólogo sobre la esperada muerte de su madre; aquí proscribió á Julia, su muger, á Agripina y á sus hijos; aquí encargaba á Macron que hiciera estrangular á Sejan por los senadores, y á los senadores por ellos mismos; aquí devoraba una co-

mida de veinte mil sestercios, y condenaba a Dones a que muriera de hambre....

—Aquí, dije yo á mi vez, fué donde supo la ejecucion en la cruz del Hombre Dios, á quien castigaba como esclavo rebelde, y que, sin embargo, iba á hacer que surgiera un mundo nuevo con los despojos que pisamos á la par que estos vendimiadores....

VISIONES NOCTURNAS EN LOS CAMPOS.

Si os dijese que me burlo de tales visiones, mentiria. No las he tenido nunca, es muy cierto, he recorrido el campo á todas las horas de la noche, solo ó acompañado de gente mandria, y salvo algunos meteoros inofensivos, algunos árboles viejos fosforescentes, y otros fenómenos que en nada aumentan el aspecto lúgubre de la naturaleza, no he tenido nunca el placer de encontrarme con un objeto fantástico, para poder contar como testigo ocular la menor historia de duendes.

A pesar de todo, no soy de los que dicen de esas supersticiones rústicas, *mentira, imbecilidad, miedo*; creo que son unos fenómenos de vision, fenómenos exteriores aislados é incomprensibles. No creo por esto en los cuentos de brujas ni en los pretendidos prodigios, esos cuentos, esas esplicaciones que se hacen de tales prodigios de la noche son el poema de las imaginaciones campesinas. Pero el hecho existe, el hecho se verifica; que el fantasma esté en el aire ó solamente en el ojo del que le percibe, es siempre un objeto que se produce tan realmente como refleja una figura cualquiera en un espejo.

¿Las aberraciones de los sentidos pueden explicarse? ¿se han explicado alguna vez? Se ha hecho constar su existencia y nada mas; pero es muy aventurado decir y creer que son hijas del miedo. Esto puede ser cierto en muchas ocasiones; pero hay escepciones de todo punto irrecusables; hombres de una sangre fria, de un valor natural bien experimentado, y en circunstancias en que nada parecia obrar sobre su imaginacion, hombres esclarecidos, ilustres, sábios, han tenido apariciones que, sin perturbar su juicio ni su salud, los han afectado por lo menos en la primera impresion.

Entre un gran número de obras interesantes publicadas sobre este objeto, es notable la del doctor Briere de Boismont, donde se analizan tan bien como es posible las causas de la alucinacion. Solo observaré despues de tan serios trabajos, que el hombre que vive mas en contacto con la naturaleza, el salvaje, y despues el aldeano, están mas predispuestos y sujetos que los hombres de otras clases á los fenómenos de la alucinacion. La ignorancia y la supersticion, sin duda, los impelen á tomar por prodigios sobrenaturales, estas simples aberraciones de los sentidos; pero no es la imaginacion, repito, la sola causa que las produce, su imaginacion no hace mas que explicárselos á su modo.

¿Se dirá que la educacion primera, las consejas de las veladas, los cuentos horrendos de la nodriza y de la abuela disponen á los niños y á los hombres á sentir este fenómeno? Así lo creo. ¿Se dirá tambien que las mas simples nociones de fisica elemental, y algun tanto de chiste voltiano, purgarian los campos de tales visiones? Esto no es

tan seguro. El aspecto continuo de la pradera, el aire que respira á todas horas, los cuadros variados que la naturaleza presenta ante su vista, y que se modifican á cada instante por la sucesión de las variaciones atmosféricas, son para estos hombres las únicas condiciones de su existencia intelectual y fisiológica, ellas le convierten en un hombre mas primitivo, mas normal, mas ligado al suelo, y mas confundido con los elementos de la creación, al paso que la cultura de las ideas nos separa á nosotros del cielo y de la tierra, condenándonos á llevar una vida ficticia entre los paredones de nuestras casas, en su barraca como en su tugurio, el paisano como el salvaje, viven en la nube, en el relámpago, y en el aire que penetra en sus débiles aposentos. Hay en el Adriático pescadores que no conocen el abrigo del techo, duermen en su barca cubierta con una estera, la cara sombreada con las estrellas, la barba acariciada por la brisa, el cuerpo cuneado sin cesar por las olas. Hay buhoneros gitanos conductores de ganados, que duermen siempre al aire como los indios de la América del Norte. Verdad es que la sangre de estos hombres no circula como la nuestra, sus nervios tienen un equilibrio diferente, otro curso sus pensamientos, sus sensaciones diferente manera de producirse. Preguntarlos; no hay alguno que no haya visto prodigios, apariciones, escenas nocturnas, extrañas ó inexplicables. Los hay entre ellos dotados de valor, muy juiciosos, muy formales, y no por eso son los menos alucinados. Leed todas las relaciones recogidas sobre la materia, y vereis por hechos inmensos y bien observados que la alucinación es compatible con el pleno ejercicio de los sentidos.

La alucinación es hija del estado morbo del cerebro, y aunque casi siempre pueden señalarse las causas físicas ó morales que producen la perturbación del alma ó del cuerpo, algunas veces pasan desapercibidas y misteriosas, y sorprenden y conmueven los espíritus mas serenos.

En los aldeanos se reproduce tan á menudo, que parece una ley de su organización, y obra distintamente que en las personas instruidas. Cuando nosotros en medio de una pesadilla ó sueño vemos objetos fantásticos, nuestro mayor temor consiste en perder el juicio, y nos afectamos tanto mas cuanto mas esfuerzos se necesitan para sustraerse de esta idea, así es que se han visto algunas personas locas por el solo temor de perder el juicio; para los hombres sencillos y crédulos esos objetos son reales, y como no ponen en duda su lucidez, la alucinación no es tan peligrosa como para nosotros. No es esto solo lo que me inclina á admitir hasta cierto punto las visiones de la noche. Creo que hay una multitud de pequeños fenómenos nocturnos, como explosiones ó incandescencia de gas, condensaciones de vapores, ruidos subterráneos, meteoros celestes, pequeños aerolitos, hábitos raros é inobservados, aberraciones aun en los animales, ¿y qué sé yo? afinidades misteriosas ó perturbaciones bruscas de los hábitos de la naturaleza que los sábios observan por casualidad, y que los aldeanos, en su contacto perpétuo con los elementos señalan á cada paso sin poderlos explicar.

¿Qué pensais, por ejemplo, de esa preocupacion en que se está de los conductores de lobos? Es de todos los paises, está muy esparcida en toda la Francia, y acaso será el último vestigio de la creencia de licántropos. En Berri, donde los cuentos que se dicen hoy á los niños no son tan fa-

bulosos y terribles como los que en otro tiempo contaban nuestras abuelas, no me acuerdo que se haya hablado nunca de los hombres lobos de la edad antigua y media, aunque todavía se usa la palabra *jarulfo*, que significa hombre lobo, pero que ha degenerado de su primitivo sentido. Los conductores de lobos no son capitanes de banda, de brujos que se convierten en lobos para devorar los niños, son hombres prácticos y misteriosos, leñadores encanecidos ó malignos guarda-bosques que poseen el secreto de electrizar, someter, domesticar y conducir los lobos verdaderos. Conozco á algunos que han encontrado en los primeros albores de la luna en la encrucijada de cuatro caminos al padre *fulano*, que caminaba solo y á pasos largos seguido de treinta lobos, (siempre hay mas, nunca menos en la leyenda). Una noche dos personas, segun me lo contaron ellas mismas, vieron pasar en el bosque una cuadrilla de lobos, se asustaron y se subieron á un árbol, desde donde los vieron pararse á la puerta de la cabaña de un viejo leñador que tenía fama de brujo. La rodearon dando aullidos espantosos; el leñador salió, los habló, se paseó entre ellos, y despues se dispersaron sin hacerle daño alguno. Esta es una historia de aldeanos; pero otras dos personas bien acomodadas, de educación esmerada, de juicio y habilidad para sus negocios, y que vivían contiguas á una selva donde cazaban á menudo, me han jurado por su honor haber visto estando reunidas, á un viejo guarda-bosque, que habiéndose parado en la encrucijada de caminos extraviados comenzó á hacer gestos raros. Estas personas se ocultaron para observarle y vieron llegar trece lobos, el mas grande de los cuales se fué derecho al guarda y le acarició, silbó el guarda á los otros como se silba á los perros, y con todos se engolfó en lo mas espeso del bosque. Los dos testigos de tan extraña escena no se atrevieron á seguirles y se retiraron tan sorprendidos como asustados. ¿Habían sido presa de la alucinación? Cuando la alucinación se apodera de muchas personas á la vez (y esto sucede con bastante frecuencia), se reviste de un carácter difícil de explicar, lo confieso; se ha verificado varias veces y se denomina alucinación contagiosa, ¿pero de qué sirve el nombre si se desconoce la causa? Esa cierta disposición de los nervios y de la circulación de la sangre que dá el resultado de la audición, ó vision de objetos fantásticos, ¿cómo es simultánea en muchas personas reunidas? Lo ignoro.

¿Pero por qué no se ha de admitir que el hombre que vive en el seno de los bosques, que puede á todas las horas del día y la noche sorprender y observar las costumbres de los animales salvajes, haya podido descubrir por casualidad ó por cierto genio de inducción, el medio de someterlos y hacerse querer de ellos? Todavía mas. ¿Por qué no ha de haber cierto fluido simpático á especies determinadas? Vemos en nuestros días tan intrépidos y tan hábiles domadores de fieras enjauladas, que á poco esfuerzo se puede admitir la dominación de ciertos hombres sobre los animales salvajes en libertad.

¿Pero por qué estos hombres ocultan su secreto y ni benefician su bolsillo ni halagan su vanidad con semejante poder? porque el aldeano obteniendo un efecto natural de una causa natural no cree que obedece á la misma naturaleza. Darle un remedio, asegurarle su eficacia, y no tendrá confianza alguna, añadir alguna palabra incom-

previsible al administrarle, y su fé será completa. Confiarle el secreto de curar el constipado con la raíz del malvavisco, y decirle que es preciso administrarle despues de tres signos cabalísticos, ó despues de ponerse una media al revés, y se creará hechicero, y todos lo creerán por el resultado de la curacion. Curará con la fé mas que por el malvavisco, y tendrá buen cuidado en no decir á nadie el nombre de la planta vulgar que produjo el milagro. Lo rodeará de misterio, porque el misterio es su elemento.

No hablaré aqui de lo que se llama entre nosotros un secreto, este constituiria una digresion que nos llevaria muy lejos; me limitaré á decir, que hay un secreto para todo y que casi todos los paisanos algo graves y experimentados tienen el secreto de alguna cosa. Son brujos por consecuencia, y creen serlo que es mas. Tienen el secreto para engordar los bueyes que poseen todos los buenos quinteros, el secreto para las vacas que es el de las buenas quinteras, el secreto de las pastoras para hacer medrar la lana; el secreto de los olleros para que sus vasijas no se hiendan por el fondo, el secreto de curas que electrizan las campanas para ahuyentar la piedra, el secreto de dolor de cabeza, de vientre, de las torceduras y heridas, el secreto de los monteros para encontrar la caza, el

secreto del fuego para detener el incendio, el del agua para buscar los cadáveres de los ahogados y detener la inundacion, ¿y cuántos mas? hay tantos secretos como plagas en la naturaleza, y enfermedades en los hombres y animales.

El secreto pasa de padres á hijos, ó se compra á peso de oro y nunca sufre traicion, ni la sufrirá en tanto que en él se crea. El secreto de los conductores de lobos es como uno de estos.

Una de las escenas de la noche cuya creencia está mas generalizada, es la caza fantástica, tiene tantos nombres

como hay comarcas en todo el universo. Entre nosotros se llama la caza en *jumentos*, y afecta el ruido desagradable y grotesco de una multitud de asnos que rebuznan. Cada uno puede representársela á su gusto, pero entre nuestros paisanos, es una cosa que se oye y que no se ve, es una alucinacion ó un fenómeno de acústica, yo he creído oirla muchas veces, y poderla explicar de la manera mas vulgar. En los últimos dias del otoño, cuando los grandes huracanes dispersan las bandadas de aves que emigran, se

oye por la noche el inmenso clamor melancólico de las grullas y de los gansos silvestres que se han estraviado; pero los paisanos á quienes se juzga tan crédulos y tan poco observadores, no se engañan de ningun modo. Ellos saben muy bien el nombre, y conocen demasiado bien el grito de cada ave estrangera á nuestro clima, cuando se encuentran perdidas y dispersas. La caza en *jumentos* no tiene nada de eso. Ellos la oyen frecuentemente; yo, que como ellos he vivido y errado mucho tiempo entre las ráfagas y en las nubes, jamás la he encontrado. Algunas veces su paso está señalado por la aparicion de dos lunas, poca será mi fortuna, porque jamás he visto mas que la luna que todos conocemos.

El toro blanco, el becerro de oro, el dragon, el ganso, la polla negra, la marrana blanca, y

otros muchos animales fantásticos, guardan en todas partes, como es sabido, los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra. El dia de Navidad, desde que empieza la misa de media noche hasta que concluye, pierden su poder tan infernales guardianes. Es la única hora de todo el año en que es posible conquistar el tesoro; pero es preciso saber donde está y tener tiempo para desentrañarle y apoderarse de él. Si os sorprende el *ite missa est* en el abismo, quedareis sepultado, y el animal que le guarda cambia la sumision que os ha tenido por todo el furor de que es capaz.



Esta tradicion es universal, hay pocas ruinas, castillos y monasterios, pocos monumentos célticos que no oculten su tesoro, todos están guardados por un animal diabólico. Mr. Julio Canougo, en un interesante volúmen de cuentos meridionales, ha presentado como benéfica y agradable la poética aparicion de la cabra de oro, guardiana de las riquezas ocultas en la tierra.

En nuestros climas, menos pintoresco alrededor de los dolmanes que coronan las peladas colinas de la Marche, es un buey blanco, ó un becerro de oro, ó una ternera de plata las que hacen despertar las imagi- naciones codiciosas; pero estos animales son tan perversos, que hay mucho pe- ligro en encontrar- los, y hasta ahora nadie se ha atrevi- do á cogerlos por los cuernos, á pesar de que hace muchos siglos que las grue- sas piedras druidi- cas que forman los dolmanes, donde es- tán metidos estos animales, se bam- bolean y conmue- ven en sus débiles cimientos, para oc- ultar la codicia de los pasajeros.

En nuestros va- lles umbríos entre- cortados por gran- des y fértiles llanu- ras, un animal in- definible se pasea por la noche en de- terminadas épocas, atormenta las vaca- das, y ronda los cor- tijos, donde intro- duce el miedo y el es- panto. Todos nues- tros colonos y cria- dos, han visto este animal á quien lla- man la *fiera grande*, aunque frecuentemente se pare- ce á un leon en su forma y alzada. Unos le han visto en la figura de un perro, de la alzada de un buey grande, otros en la de galga blanca y grande como un caballo, otros la han visto simple leon ó simple oveja. Los que hablan de él con mas juicio y menos pavor, le han perseguido aunque sin éxito, no le atribuyen poder alguno fantástico, le des- criben con trabajo, porque pertenece á una especie desco- nocida en el pais, y dicen y aseguran que no es precisamen- te ni perra, ni vaca, ni tejon, ni caballo, sino un animal que

participa de todos, con lo cual ya podeis formar un cálculo aproximado. Con todo, estoy seguro que esta bestia se pa- rece, sea en estado de alucinacion, sea en el de vapor flo- tante y condensado en ciertas formas, personas muy sin- ceras y juiciosas le han visto, para que yo me atreva á de- cir que no existe causa alguna para creer en su vision. Los perros que la anuncian con ladridos desesperados y se huyen cuando aparece, ¿estarán tambien alucinados? ¿por- qué no? ¿Serán acaso ladrones que se introducen al ampa-

ro de tal disfraz?

Esta fiera no se sa- be que haya robado alguna vez. ¿Serán burlones pesados? Se la han tirado tantos balazos, que en despecho del miedo, que hace temblar la mano, la casualidad hubiera ya herido ó muerto á alguno de los su- puestos fantasmas. En fin, si este gé- nero de aparicion es el resultado de la alucinacion, es emi- nentemente conta- giosa. En el espacio de veinte ó treinta noches, los veinte ó treinta habitantes de un cortijo, le ven y le persiguen, pasa á otra pequeña co- lina, da vuelta asi á todo el pais, y pro- duce un extraordi- nario contagio en el considerable nú- mero de sus habi- tantes.

Pero he aqui una de las mas espanto- sas visiones de la noche. Alrededor de las lagunas estan- cadas, en los pantanos como en el bor- de de las fuentes sombrías de los ca-

minos barrancosos, bajo los viejos sauces como en la lla- nura, se oye á la media noche la paleta precipitada y el ruido infernal de las lavanderas. En muchas provincias se cree que evocan la lluvia y atraen la tempestad, haciendo subir hasta las nubes con su ágil paleta, el agua de las fuentes y charcos. Entre nosotros la preocupacion es de peor género, porque golpean y tuercen un objeto parecido á ropa blanca, pero que visto de cerca no es otra cosa que el cadáver de un niño. Es preciso guardarse de mirarlas, y mas de molestarlas, porque entonces por mucha que fuera



la estatura y fuerza del importuno, le cogerian, le golpearian y torcerian como si fuese un par de calcetas, ni mas ni menos.

Hemos oído muchas veces la paleta de las lavanderas fantásticas resonar en el silencio de la noche al lado de las lagunas aisladas. No hay que engañarse, es una especie de rana que produce este ruido formidable. Muy triste es tan pueril descubrimiento, cuando se esperaba la aparición de las terribles brujas torciendo sus inmundos harapos á la oscuridad de las noches de noviembre, en los primeros albores de la pálida luna que refleja en las aguas. Un amigo mio, hombre de mas valor que juicio, debo confesarlo, sujeto en algun tanto á la embriaguez, muy valiente delante de cosas reales, y predispuesto á creer los cuentos del pais, tuvo dos encuentros con lavanderas, cuyo relato hacia con bastante emocion.

Una noche á las once, en una riberita encantadora, que corre serpenteando, y creciendo por el lado de la quebrada de Ormuz, vió en el borde de una fuente á una vieja que golpeaba y torcia su ropa con bastante silencio. Aunque la fuente tiene mala nota, no vió nada de sobrenatural y dijo á la vieja: «Muy tarde lavais, abuela.» Como no le respondió, la creyó sorda y se acercó. La luna era brillante y la fuente resplandecía como un espejo. Vió distintamente las facciones de la vieja y se extrañó que le fueran completamente desconocidas, porque en su vida de cultivador, de cazador y paseante, no habia para él una cara desconocida en muchas leguas á la redonda. He aquí como me contó la impresion que le hizo esta lavandera singularmente vigilante. «No me acordé de la tradicion de las lavanderas nocturnas hasta que la perdí de vista; como no tenia esa idea, me aproximé sin desconfianza. Pero cuando estuve al pie, su silencio é indiferencia á la aproximacion de un pasajero, la daban el aspecto de un ser absolutamente extraño á nuestra especie. Si la vejez la privaba del oído y la vista, ¿cómo tenia fuerza suficiente para venir á lavar desde tan lejos, sola, á una hora desusada y á una fuente helada, donde trabajaba con tanto ahinco y actividad? Esto por lo menos era digno de notarse. Lo que sorprende mas, fué el sentimiento que esperiménté en mi interior, no de pavor sino de repugnancia y asco invencible; pasé sin que volviera la cabeza para mirarme, y ya en mi casa fué cuando pensé en las brujas lavanderas, y entonces tuve miedo, y francamente, por nada del mundo hubiera vuelto al mismo sitio.»

La segunda vez el mismo amigo pasaba junto á los estanques de Thivet á las dos de la madrugada. Venia de Liniers, y aseguraba que ni habia comido ni bebido, circunstancia que yo no puedo garantizar, y se volvía solo en su cabriolé y seguido de su perro. Habiéndosele cansado el caballo echó pie á tierra en una cuesta, y se encontró en un foso al lado del camino tres mugeres que lavaban, golpeaban y torcian sin hablar nada. Su perro se estrechó de repente contra él sin aullar; pasó sin mirar directamente, pero apenas hubo dado algunos pasos, cuando sintió ruido tras él, y la luna le dibujó á sus pies una sombra muy pronunciada. Volvió la cabeza y vió á una de aquellas mugeres que le seguia; las otras dos venian detrás como para apoyar á la primera. «En esta ocasion, dice, me acordaba perfectamente de las lavanderas, y tuve distinta emocion que en la otra. Estas mugeres eran de una estatura muy elevada, y

la que me seguia tenia en realidad las proporciones, la figura y el modo de andar de un hombre, que no dudé ni por un momento que estaba sirviendo de burla á los mal intencionados del pueblo. Tenia un buen garrote en la mano, y me volví diciendo: ¿qué quereis? nada me respondió, y no atacándome, tampoco tenia pretesto para atacar; alijé el paso hasta ganar mi cabriolé que estaba algo lejos, no sin llevar colgada de mis talones á la lavandera, que sin decir nada parecia recrearse en tenerme á su alcance, mientras que yo conservaba el baston para romperla las quijadas al menor movimiento; así llegué al cabriolé con el mandria de mi perro, que no refunfuñaba y que saltó á él conmigo. Me volví entonces, y aunque sentia pasos y veia una sombra caminar á mi lado, no vi á nadie, solamente distinguia á treinta pasos detrás, en el sitio donde las encontré lavando, á las tres endemoniadas saltando, bailando y torciendo como unas locas al otro lado del foso.

Os cuento esta historia valga lo que valga, pero se me ha relatado de buena fé, y os la garantizo; ponerla en la parte de los capitulos de la alucinacion.

Acabaré mis relaciones de hoy con la leyenda del árbol *rastrillo*, árbol magnífico que existia, segun se dice, y grande y lozano, en tiempos de Carlos VII.

Como un olmo que es, no tiene desde lejos grande apariencia, su ramaje afecta la figura de un *rastrillo*, del cual recibe su nombre. Le ha bautizado una coincidencia fortuita con la leyenda tradicional. De cerca es imponente por su largo tronco surcado por el rayo, y plantado como un monumento en una vasta encrucijada de caminos vecinales. Estos caminos largos como praderas, incesantemente pisoteados por los ganados del proletario, están cubiertos de una yerba corta, donde el espinoso y el cardo crecen con libertad. La llanura está rasa en mucho trecho, fresca aunque desnuda, pero triste y solemne á pesar de su fertilidad. Una cruz de madera está puesta sobre un pedestal de piedra, último vestigio de cuatro estatuas muy antiguas que desaparecieron en la revolucion del 93. Esta decoracion monumental, en un sitio tan poco frecuentado confirma el respeto tradicional, y los paisanos de las cercanias tienen en tal opinion al árbol *rastrillo*, que pretenden que nada puede destruirle. El camino comunal, por el que hoy solo se transita á pie, ó á raros intervalos, el caballo de un molinero ó de un gendarme, era en otros tiempos una de las grandes vias de comunicacion de la Francia central. Aun hoy es llamado el camino de los ingleses; por allí vinieron sus columnas cuando invadieron la Francia, y por allí los hizo repasar Duguesclin despues de haber libertado á San Severo, última fortaleza que ocuparon.

Este detalle no está consignado en ninguna historia, pero hace fé por la tradicion, y ahora os presentaré la leyenda del árbol *rastrillo*, que es divertida, á pesar de los animales que juegan en ella.

Un muchacho guardaba una piara de cerdos alrededor del árbol, cuando vió acercarse un ejército que devastaba los campos, quemaba las chozas, degollaba los paisanos y se llevaba las mugeres; eran los ingleses que bajaban por la Marche sobre el Berry, y se dirigian á saquear al Chartier. El porquero ladeó el rebaño, se puso á cierta distancia y vió pasar al enemigo como un huracan. Cuando volvió al olmo con su ganado, el miedo que sintió al princi-



pio dio tregua á un grande luter contra los ingleses y contra él mismo. ¿Qué, seremos tan cobardes que nos dejaremos matar sin defendernos? ¡vamos, dijo, contra ellos! y acercándose á la estatua de San Anton, que era una de las colocadas al rededor del árbol: «Buen San Antonio, le dijo, es preciso que yo vaya contra los ingleses y no tengo tiempo para recoger mi ganado; durante este espacio esos salvajes nos harán mucho daño, toma mi palo buen San Antonio, y vela sobre mis cerdos tres dias y tres noches: te los dejo para que me los guardes.»

En seguida el joven porquero puso su cayada (que era un palo corto con un triangulo de hierro en la punta) en las manos de la estatua, arrojó sus zuecos, corrió á Chartier, y destrozó á los ingleses, en union con los jóvenes del lugar y auxiliados de los buenos soldados franceses. Cuando el enemigo se retiró, volvió á su ganado, contó sus cerdos y no le faltó ninguno, no obstante haber pasado por allí muchos corsarios rateros y lobos atraídos al olor de la carniceria. El porquero volvió á tomar su rústico cetro de las manos de San Antonio, le dió gracias de rodillas, y sin soñar en los grandes destinos y alta mision de Juana de Arco, contento con haber trabajado por la libertad de su patria, guardó sus cerdos como antes.

Otra tradicion algo confusa, atribuye al árbol *rastrillo* una influencia menos benigna. Unos muchachos, en un vértigo de locura, tuvieron la idea de jugar sus vidas al tejo y enterrar bajo el pedestal de la estatua de San Antonio al que perdió.

Pero la leyenda principal y acreditada del árbol es esta otra. Un *caballero* se pasca junto á él durante toda la noche, haciendo su centinela. Se le ha visto desde que el mundo es mundo.—¿Quién es? nadie lo sabe. Está vestido de negro y tiene veinte pies de alto. Es un *caballero por que sigue las modas*, se le ha visto en el último siglo, en traje negro completo, calzon corto, zapatos con hebillas y la espada al lado. Bajo el directorio llevaba grandes tirillas, y corbata larga, hoy se viste como nosotros, pero llevaba siempre su gran rastrillo en la espalda, con el cual araña las piernas de las personas y animales que pasan á la sombra del árbol. Por lo demas es un hombre de bien, que no se da á conocer mas que á los que conocen el secreto.

Si creéis en él, id á verle. Nosotros hemos ido á la hora solemne de salir la luna, le hemos llamado con todos los nombres posibles, diciéndole cortesmente *caballero tal*, pero no hemos encontrado el nombre por el cual tiene á bien responder, porque no ha venido, y como por otra parte no le gustan las chanzas, es preciso tener miedo real para que se deje ver.

Si os gustan los cuentos populares, y si quereis saber el origen que tienen, os recomiendo una obra instruida y alegre que es producto de una muger. *La Normandia romancesca y maravillosa* por la señorita Amelia Bosquet; allí encontrareis todas las leyendas de la Francia, y por consecuencia las de vuestro pueblo. En esa obra vereis todas las historias de las supersticiones humanas, que varían tan solo en algunos detalles segun las localidades. Esta es la prueba de que la humanidad se encuentra aun cerca de su cuna y presenta una uniforme aptitud para correr el mismo camino, y alimentarse con las mismas ideas de los primeros individuos.

JORGE SAND.

COPIA DE UN CURIOSO PRIVILEGIO.

DADO EN 1441 POR EL REY DON JUAN II DE CASTILLA.

Es muy sabido que en el dia de la Epifania ó de los Reyes pasa actualmente todos los años á poder del escelentísimo señor duque de Híjar el vestido completo que usa en tal dia S. M. la reina; pero la fecha de que data este privilegio, y el motivo por el que se concedió, no se tiene muy presente. Dióse por el rey don Juan II de Castilla en el año de 1441 á don Rodrigo de Villandrando, primer conde de Rivadeo, en remuneracion de haberle salvado de un gran peligro, que cita el mismo monarca en el privilegio que adjunto trascribimos, y le goza en nuestros dias el grande de España ya citado, por ser poseedor de aquel titulo.

Ninguna noticia sobre aquel conde de Rivadeo, que hijo de un fijoalga de Valladolid, llegó por su grande esfuerzo en las armas á merecer la estimacion particular de don Juan II, vendria al caso; pero si la copia del privilegio que el mismo monarca espidió á este caballero, y que inserto en una confirmacion de la reina doña Juana, registrada en el archivo de Simancas, dice asi:

«En el nombre de Dios Padre..... Acatando é parando mientes á los muchos, é buenos, é leales, é señalados servicios que vos don Rodrigo de Villandrando, Conde de Rivadeo, mi Vassallo, é de mi Consejo, me avedes fecho, é los peligros á que vos pusistes por mi servicio, é de la Corona Real de mis Reynos, viniendo, segun que venistes de fuera de ellos por mi mandado con muchas Gentes de armas de á caballo, é Archeros, sobre los levantamientos fechos en mis Reynos, é dexastes vuestras tierras é castillos é hacienda, poniéndolo todo en aventura por mi servicio. E especialmente el servicio señalado que vos me fecisteis el dia de la Epifania que pasó, quando estando para entrar en Toledo mi persona ovo gran peligro, é vos con vuestro esfuerzo ó animosidad la fecisteis segura de las muchas Gentes de armas que salieron en pos del Infante de la Cibdad para facerme deservicio. E por memoria de tan leal é animoso fecho é señalado servicio, vos me pedistes por privilegio é preeminencia especial, que vos, é los otros Condes vuestros sucesores que despues vinieren hayan é lleven, é les sean dadas las ropas é vestiduras enteramente que Nos, é los Reyes nuestros sucesores en Castilla é en Leon, que despues de Nos vinieren, vistiésemos en el sobredicho dia de la Epifania de cada un año para siempre jamás; é ansimismo que vos honremos asentadosvos á nuestra mesa á comer con Nos, é con los otros Reyes que despues de Nos fueren, en el dicho dia de la Epifania de cada un año por siempre jamás á vos, é á los que vos succedieren en vuestro Condado de Rivadeo. Y yo, queriendo que haya memoria de tan gran fecho, é leal é señalado servicio, é animosidad conque defendisteis mi Persona, é acudisteis al bien público de mis Reynos, é que se dé exemplo á los otros mis Vassallos, lo tove por bien. E por la presente.... Fecho en Torrijos nueve dias de Enero año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesu Christo de mil é quatrocientos é quarenta é un años. Yo el Rey. Yo Diego Romero le fice escrebir por mandado de nuestro Señor el Rey.»

El leal é animoso fecho, é señalado servicio que obligó

á don Juan II á conceder este extraño privilegio, le menciona Fernando del Pulgar en sus *Claros varones de Castilla* (edic. 4528), hablando del conde de Rivadeo, del modo siguiente:

....«Acaesció que como el Rey en tiempo de aquellas dimensiones fuese á la Cibdad de Toledo, é los de aquella Cibdad se rebelasen contra él, y le cerrasen las puertas, puesto el Rey en algun recelo de la gente de armas que á la hora estaba apoderada de aquella Cibdad, este conde de Rivadeo fizo improviso en la Iglesia de Sant Lázaro, que es bien cerca de la Cibdad, un palenque con tan gran defensa, que la persona del Rey, con la poca gente que por entonces con el Rey estaba, podía ser segura é sin daño, fasta que los otros sus Capitanes é Gentes de armas que venian en la zaguera ovieron tiempo de llegar. E por memoria perpétua deste servicio, que fizo en el día señalado de la Epifania, el Rey fizo merzed á él é á sus descendientes de la ropa que él é los Reyes de Castilla sus sucesores vistiesen aquel día, é que comiese con él á su mesa; de la qual merced goza hoy su sucesor.»

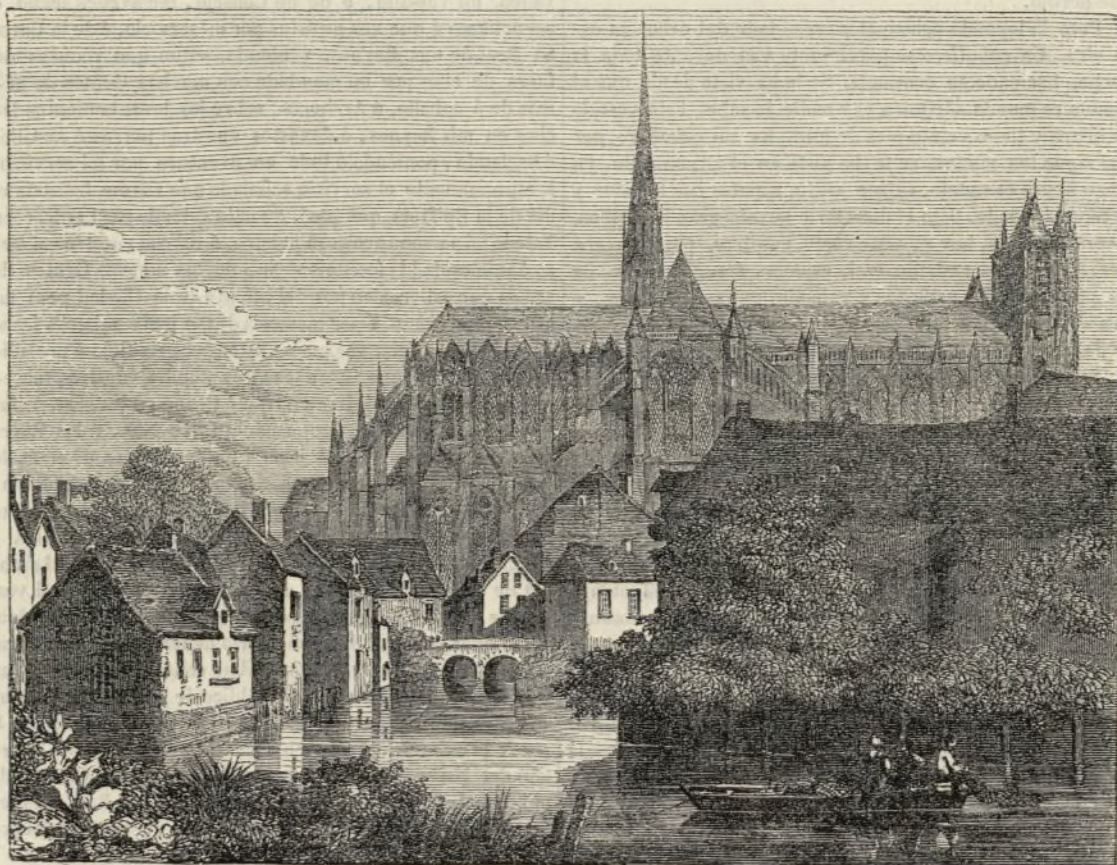
En la actualidad dichos vestidos son trasladados en un coche de la real casa, escoltado por alabarderos, desde el palacio de S. M. á la casa del Excmo. señor duque de Híjar, donde se reciben con sencilla ceremonia.

FATAL EQUIVOCACION.

EPISODIO DEL COMBATE DE 1801 EN EL ESTRECHO DE GIBRALTAR.

Una escuadra española se reunió á los franceses y su almirante, Juan Moreno, tomó el mando de ella en jefe. Entre los navios españoles, se encontraban dos de los mejores trespuentes de la marina, el *Real Carlos* y el *San Hermenegildo*, cada uno de los cuales con ciento doce cañones. Los ingleses empeñaron el combate á las once y media de la noche; uno de sus buques, el *Soberbio*, pasando por entre los trespuentes españoles, tiró algunos cañonazos, y continuando su camino se situó en otro punto.

Durante aquella profunda oscuridad, el *Real Carlos* y el *Hermenegildo* se creyeron en lucha con el *Soberbio*, y se cañonearon con escésivo rigor: ambos se irritan de la resistencia de su adversario y redoblan la hostilidad; por último, llega el caso del abordage y se reconocen.... Pero en este momento se declaró el incendio mas horrible á bordo del *Real Carlos*; el *Hermenegildo*, próximo al otro buque, no pudo apartarse con la rapidez necesaria; introdúcese el fuego en los depósitos de pólvora, y las dos embarcaciones se vuelan casi al mismo tiempo. Esta doble explosión se oyó en Cádiz, donde se creyó experimentar el efecto de un temblor de tierra.



Vista exterior de la catedral de Amiens. (Véase el artículo, en la pág. 2 de este número.)